

INDRO MONTANELLI

Las lecciones de un gran periodista

JORGE CRUZ

INDRO MONTANELLI

Las lecciones de un gran periodista



ACADEMIA NACIONAL DE PERIODISMO

Buenos Aires

2006

Cruz, Jorge

Indro Montanelli. Las lecciones de un gran periodista
1a ed. -Buenos Aires: Academia Nacional de Periodismo, 2006.
72 p. 23x16 cm.

ISBN 987-1107-11-0

1. Periodismo. I. Título
CDD 070.4

Impreso por Editorial Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) - Capital Federal
Tel/fax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
Página web: www.dunken.com.ar

Hecho el depósito que prevé la ley 11. 723

Impreso en la Argentina

© 2006 Jorge Cruz

ISBN-10: 987-1107-11-0

ISBN-13: 978-987-1107-11-7

Academia Nacional de Periodismo

Miembros de número

ARMANDO ALONSO PIÑEIRO	LAURO F. LAÍÑO
GREGORIO BADENI	JOSÉ IGNACIO LÓPEZ
NORA BÄR	FÉLIX LUNA
RAFAEL BRAUN	ENRIQUE J. MACEIRA
CORA CANÉ	ROBERTO MAIDANA
NELSON CASTRO	ENRIQUE M. MAYOCHI
JUAN CARLOS COLOMBRES	JOAQUÍN MORALES SOLÁ
JORGE CRUZ	ALBERTO J. MUNIN
HÉCTOR D'AMICO	ENRIQUETA MUÑIZ
DANIEL ALBERTO DESSEIN	ENRIQUE OLIVA
JOSÉ CLAUDIO ESCRIBANO	LEONARDO PITA ROMERO
ROBERTO A. GARCÍA	ANTONIO REQUENI
OSVALDO E. GRANADOS	MAGDALENA RUIZ GUIÑAZÚ
MARIANO GRONDONA	FERNANDO SÁNCHEZ ZINNY
ROBERTO PABLO GUARESCHI	DANIEL SANTORO
JORGE HALPERÍN	ERNESTO SCHOO
RICARDO KIRSCHBAUM	RAÚL URTIZBEREA
BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT	BARTOLOMÉ DE VEDIA

Miembros eméritos

Napoleón Cabrera - José María Castiñeira de Dios

Miembros correspondientes en la Argentina

EFRAÍN U. BISCHOFF - CARLOS HUGO JOMET (CÓRDOBA)
LUIS F. ETCHEVEHERE - CARLOS LIEBERMANN (ENTRE RÍOS)
JORGE ENRIQUE OVIEDO (MENDOZA)
CARLOS PAEZ DE LA TORRE (TUCUMÁN)
HÉCTOR PÉREZ MORANDO (NEUQUÉN)
JULIO RAJNERI (RÍO NEGRO)
GUSTAVO JOSÉ VITTORI (SANTA FE)

Miembros eméritos

NAPOLEÓN CABRERA
JOSÉ MARÍA CASTIÑEIRA DE DIOS

Miembros correspondientes en el extranjero

MARIO DIAMENT (ESTADOS UNIDOS)
ELISABETA PIQUÉ (ITALIA)
ARMANDO RUBÉN PUENTE (ESPAÑA)
ANDRÉS OPPENHEIMER (ESTADOS UNIDOS)

Mesa Directiva

Presidente:	BARTOLOMÉ DE VEDIA
Vicepresidente 1º:	LAURO FERNÁN LAÍÑO
Vicepresidente 2º:	ROBERTO PABLO GUARESCHI
Secretario:	JOSÉ IGNACIO LÓPEZ
Prosecretario:	FERNANDO SÁNCHEZ ZINNY
Tesorero:	ENRIQUE MARIO MAYOCHI
Protesorero:	ALBERTO J. MUNIN

Comisión de Fiscalización

Miembros titulares:	ENRIQUETA MUÑIZ RAFAEL BRAUN ROBERTO MAIDANA
Miembros suplentes:	CORA CANÉ BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT NORA BÄR

Comisiones

Admisión: ARMANDO ALONSO PIÑEIRO, ENRIQUE J. MACEIRA Y ALBERTO MUNIN.

Biblioteca, Hemeroteca y Archivo: ENRIQUE MARIO MAYOCHI.

Concursos, Seminarios y Premios: JORGE CRUZ, COORDINADOR.

Libertad y Ética Periodística: LAURO F. LAÍÑO, RAFAEL BRAUN, ALBERTO J. MUNIN, ENRIQUE J. MACEIRA, ENRIQUE OLIVA.

Publicaciones y Prensa: ANTONIO REQUENI, coordinador.

Umbral

Indro Montanelli se me reveló primero como historiador a través de dos volúmenes dedicados respectivamente a la historia de los griegos y a la de Roma. Leí luego su libro sobre Dante Alighieri, precioso friso de la época en que vivió “l’altissimo poeta” (Dante aplica a Virgilio estas reverenciales palabras en el Inferno, IV, 80). Al periodista me lo descubrió el Corriere della Sera, en el que Montanelli trabajó largamente. En esas páginas, al borde de los noventa años, escribía sus fulgurantes “Stanze”, sección con misivas de lectores, a una de las cuales, por él elegida, y sobre un asunto tomado de su rica experiencia, respondía diariamente. Su conocimiento de la Historia, en especial la de Italia y la de Europa, y su condición de testigo y cronista de casi todos los hechos sobresalientes de la sociedad y la política contemporáneas, le permitían forjar respuestas breves y sintéticas en las que precisaba su pensamiento, lo reducía a lo esencial en un lenguaje rápido e incisivo, siempre al alcance del lector común, que era el destinatario ideal de sus escritos.

Para un libro autobiográfico dictado, al cabo de su larga existencia, a la joven colega Tiziana Abate, Montanelli optó por el título Soltanto un giornalista, excluyendo taxativamente otras manifestaciones de su obra: novelas, piezas de teatro y los más de veinte tomos de la Storia d’Italia. Montanelli acertó en la denominación –Solamente un periodista–, pues fue la vocación inalterable a lo largo de las nueve décadas de su vida.

En posteriores lecturas de escritos del autor y de trabajos publicados sobre su personalidad, mi interés fue creciendo hasta el punto que Montanelli se convirtió, para mí, en el periodista más admirado. Por eso, cuando tuve que elegir un tema para mi

discurso de recepción en la Academia Nacional de Periodismo, no dudé en optar por esta figura ejemplar. Los motivos de esa elección los irá descubriendo el lector a lo largo de estas páginas que contienen la disertación que leí el 29 de abril de 2004, ampliada y completada con textos de Montanelli, por mí traducidos, además de juicios sobre el autor, una cronología de su itinerario vital y una sumaria bibliografía. El objetivo, es claro: contribuir al conocimiento del insigne periodista y a la apreciación de su mensaje.

Trayectoria

Entre Pisa y Florencia

El futuro gran periodista nació el 22 de abril de 1909, en Fucecchio (Toscana), pueblo situado a medio camino entre Pisa y Florencia. Estaba dividido en dos fracciones: la de arriba y la de abajo. La de arriba era la parte antigua y linajuda; la de abajo estaba a la vera de las rutas provinciales que llevan a Florencia, Pisa y Luca, y sus habitantes eran considerados plebeyos. La madre de Indro, Maddalena Doddoli, era de arriba. El padre, el profesor Sestilio Montanelli, provenía, en cambio, de abajo. La abuela materna, contraria al matrimonio que ella juzgaba socialmente desigual, llevó a su hija embarazada a la casa de lo alto para que allí diera a luz.

Tales eran las preeminencias de casta que se ventilaban y magnificaban incluso dentro del recinto de una pequeña ciudad de provincia. Montanelli encomió la importancia del pueblo natal, pues llegó a afirmar: “Lo que he llegado a ser lo debo a Milán [la ciudad del *Corriere*]; lo que soy lo debo a Fucecchio”. Era un claro reconocimiento a sus ancestros, a la impronta cultural marcada por el padre, y, sobre todo, a la devoción tutelar de la madre. De todos modos, Montanelli, en la “Stanza” del 18 de diciembre de 1999, aclaró que no pertenecía a la rica burguesía, e ilustró su aclaración con una picante anécdota. Su abuelo, “que era un esnob al revés”, les decía a sus nietos en tono solemne: “Recuerden que ustedes descenden de una antiquísima dinastía...”. Y luego, bajando la voz añadía: “de una antiquísima dinastía de gente sin importancia [dappoco]”.

El profesor ejercía su ministerio docente como un sacerdocio y, en su relación con el hijo, prefería la manifestación del respeto

a la demostración del afecto. Indro valoraba más a la madre. “Mi madre, aunque menos culta e intelectual, tiene de la vida una comprensión superior a la de mi padre, porque todo lo acepta y nada la asombra”. Además, Maddalena Doddoli no sólo le había dado la vida sino que habría de contribuir a salvársela, años después, en circunstancias de sumo riesgo. En la familia circulaban ideas liberales y progresistas. Casi todos los hombres eran masones, pero sus piadosas mujeres –según solía ocurrir– lograban devolverlos, convencidos o temerosos en el tramo final, a la antigua fe. Así, la presencia del sacerdote, encargado de conferir los primeros sacramentos, volvía a gravitar en el lecho de muerte, en la administración del último.

El extraño nombre de Montanelli, Indro, no le mereció especial atención en su autobiografía, pero otros sintieron curiosidad por saber de dónde lo habían extraído sus padres. No del santoral, ciertamente. Tampoco en el santoral podrá encontrarse el nombre paterno, Sestilio, de cuño latino. Según Emilio Cecchi –el destacado anglista y crítico de arte italiano–, el profesor Montanelli, entusiasmado con el sánscrito, quiso poner a su vástago el nombre de Indra, dios del cielo, el aire y el rayo en la mitología védica. Pero, para que no pareciera nombre de mujer, lo transformó en Indro.

Primeros traslados. Lecturas y estudios

Ya en su niñez y siguiendo los traslados del profesor Montanelli, el joven de Fucecchio dio comienzo a su existencia trahumante. De Fucecchio los Montanelli pasaron a otra ciudad toscana, Luca, donde Indro realizó sus estudios primarios; pero ya había aprendido a leer en el diario *La Nazione*, uno de los más antiguos y acreditados de la región y el preferido de la familia. Permanecieron después cinco años en Nuoro, en la isla de Cerdeña. Allí, en la ciudad que fue cuna de la gran narradora Grazia Deledda, se manifestaron los síntomas de una enfermedad psico-

somática que iba a ocasionarle perturbaciones nerviosas en varios tramos de su dilatada vida. Su biógrafo y colega Mario Staglieno la vio como una manera de oposición, “irracional e impenetrable, a su pragmática y ufana lucidez”. Los pensamientos acerca de la muerte lo obsesionaron desde entonces.

Durante el año de postración, Indro, impedido de concurrir a clase, emprendió sus primeras lecturas juveniles, entre las que figuraban las narraciones de Emilio Salgari, Carlo Collodi y el muy querido Rudyard Kipling. Su padre no había permitido, en cambio, su inmersión quizá precoz en el melancólico Giacomo Leopardi. Una lectura sugerida por el profesor fue, en cambio, *Decline and Fall of the Roman Empire*, del historiador británico Edgard Gibbon, ejemplar examen de uno de los períodos fundamentales de la historia de Occidente. En 1922, Sestilio Montanelli fue transferido a Rieti, en el Lacio. Allí el adolescente de trece años dedicó buena parte de su tiempo a la lectura de los clásicos. Griegos y latinos, franceses e ingleses echaron las bases de una firme cultura literaria.

Como estudiante secundario, el joven Indro descolló en el aprendizaje del italiano, el latín, el griego y sobre todo la historia, disciplinas que le resultaron utilísimas cuando llegó el momento de iniciar su carrera de periodista. El latín y el griego contribuyeron a dar a su prosa italiana un sólido sustento, a hacerla precisa y transparente. En cuanto a la historia, fue, después del periodismo, la vocación más fuerte, no en el nivel de la ciencia histórica sino en el nivel de la divulgación. El, en efecto, siempre se consideró un divulgador de la historia italiana.

Se aficionó a los grandes satíricos de Grecia y de Roma: Luciano de Samosata, Petronio, Marcial, Juvenal, y a los moralistas franceses Chamfort, La Rochefoucault y al enciclopédico Voltaire. Culminación de sus estudios regulares fue su graduación en Derecho y en Ciencias Políticas y Sociales, en la Universidad de Florencia. En Derecho, con una tesis que condenaba la reforma electoral fascista, y en Ciencias Políticas y Sociales, con otra sobre el

aislamiento británico, temprana manifestación de su admiración por el pueblo anglosajón, a su hábito del orden, a su respeto por la ley, tantas veces contrapuesto por él a los desórdenes italianos. En la universidad adquirió la disciplina y la visión abarcadora y equilibrada que suelen dar los estudios superiores.

La política

De la placidez familiar, de la lectura de los clásicos, el joven universitario fue pasando al interés por las lecturas políticas y por los sucesos europeos que a la sazón abrían acuciadores interrogantes y provocaban alternativamente confianza y recelo. Transcurrían los años inmediatamente posteriores a la Primera Guerra Mundial. Indro era un adolescente cuando, en 1922, Benito Mussolini llegó al poder. El ex integrante del Partido Socialista y ex director del diario *Avanti*, su órgano oficial, había fundado un año antes el Partido Nacional Fascista, y en ese álgido 1922 organizó la “marcha sobre Roma” y recibió del Rey, Víctor Manuel II, la encomienda de formar nuevo gobierno. En el momento de su aparición, el fascismo se presentaba como la exaltación y la defensa de la latinidad, como la reviviscencia de pasadas glorias. De ahí su denominación, tomada de las “fascas”, la insignia de los cónsules romanos, símbolo de la autoridad estatal, consistente en un haz de varas en torno de un hacha. Sus miembros llevaban camisas negras, estaban organizados en formaciones militares y saludaban, como los romanos, levantando el brazo derecho. Mussolini adoptó el título de Duce (conductor) y, con el tiempo, subrayó sus pretensiones imperiales con una arrogancia histriónica que terminó por zambullirlo en el ridículo.

En los comienzos lo apoyaron algunos intelectuales renombrados. Hasta Benedetto Croce, luego de escucharle un discurso pronunciado en Nápoles, antes de la “marcha sobre Roma”, lo disculpó diciendo: “sí, es algo charlatán, pero todos los políticos tienen que serlo”. Más tarde, cuando Mussolini prohibió los

partidos y los sindicatos no adictos y puso trabas a la libertad de prensa, muchos lo abandonaron. Croce, “el gran patriarca”, ya no lo disculpaba. Acerca de otra gran personalidad de la cultura italiana, Luigi Pirandello, Montanelli cuenta que, en fecha cercana a la muerte del célebre dramaturgo y narrador (1936), lo encontró en la Academia de Italia. El periodista acompañaba a Massimo Bontempelli, distinguido escritor y miembro, como Pirandello, de la institución académica ligada al fascismo. Como ambos colegas no ahorran flechazos contra el régimen, Montanelli comentó tímida e interrogativamente: “Entonces este fascismo es cosa terminada”. Rápido, Pirandello se volvió a él diciendo: “El fascismo no terminará nunca, porque es como un tubo vacío que cada uno puede llenar con lo que le parezca”.

La “camisa negra” y las negras señales

Al despertar a la vida colectiva, Indro, como tantos italianos y no italianos, creyó en el primer Mussolini, quien, por añadidura, era un talentoso periodista. Vistió con entusiasmo la “camisa negra” y se afilió al partido fascista. “Dentro del régimen cambié mis pantalones cortos por los largos, crecí, me gradué, inicié una carrera y me convertí en lo que se llama *un digno profesional*”. Uno de los juegos de la época, similar al de vigilantes y ladrones, era el de fascistas y comunistas, en el cual casi todos los participantes querían ser fascistas. Cundían también las “expediciones punitivas”, llevadas a cabo por bandas de “escuadristas” que apalearan a sus contrincantes por motivos políticos, pero también, a veces, a causa de odios familiares y vecinales.

Comenzaba así uno de los períodos más aciagos de la historia, pues, en coincidencia con la aparición del dictador italiano, otros dictadores surgían para atizar el fuego de nuevos conflictos y guerras. Efectivamente, en 1922, el advenimiento de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas despertó esperanzas y te-

mores, hasta que, dos años después, las esperanzas se fueron diluyendo con el ascenso de Stalin al poder, y, definitivamente, con las purgas que arrasaron a los disidentes entre 1934 y 1939. Para completar el cuadro de extrema amenaza, en 1933, la elección de Adolfo Hitler como Canciller del III Reich comprometió gravemente la estabilidad de Europa.

Este es el mundo de pésimos presagios que se alzaba conminatorio frente a la generación de los nacidos en la primera década del siglo. Montanelli la llamó “la generación perdida”. Curzio Malaparte, en un libro titulado *L'Italia barbara*, interpretó el movimiento mussoliniano como “creación política pura y originalmente italiana”, arraigada en un país cuya barbarie tenía sus raíces en la Contrarreforma. Piero Gobetti, por su parte, pensador muy apreciado por Montanelli, definió el fascismo como “la autobiografía de la nación”, síntesis de antiguos vicios italianos. Para Montanelli, algunos rasgos de Mussolini retrataban al italiano típico.

Intelectuales en la encrucijada

En la Italia de esos años, las rutas de opción que se abrían ante los intelectuales no eran fácilmente transitables. La faz burda del nacionalismo fascista no podía atraerlos. El comunismo, aparte de su doctrina inaceptable para unos, obligaba a una dependencia del Partido soviético que repugnaba a otros. Esta obediencia a una potencia extranjera fue lo que inclinó a no pocos hacia el régimen fascista en ciernes, que en esa etapa parecía defender los valores de Occidente.

Optar por la vía internacionalista o la vía nacionalista, en sus expresiones extremas, era tan arduo como, para los antiguos navegantes del estrecho de Mesina, pasar entre el escollo de Escila y el torbellino de Caribdis, igualmente peligrosos. Había otra senda: la que llevaba a modificar el régimen desde dentro, a utilizarlo para restablecer un orden profundamente perturbado por la revolución

bolchevique. Esta era la aspiración de Montanelli y otros compañeros de generación. Pero tal propósito, bastante ilusorio dada la cadadura intelectual y moral de los militantes, se tornó absolutamente imposible cuando el Duce se arrojó al abismo unido al III Reich.

El pensamiento de Indro se enriquecía en las mejores fuentes. Leía *La Voce*, el semanario fundado por Giuseppe Prezzolini en 1908, que bregaba por que Italia fuera menos provinciana y, como *Leonardo*, de Giovanni Papini (1903), se había convertido en lugar de encuentro de los jóvenes más innovadores de la época. La revista, que incluyó, entre tantos otros trabajos, la famosa polémica Croce-Gentile sobre el idealismo y algunos de los ensayos más originales de Prezzolini, reunidos más tarde en el volumen titulado *Io credo*, a partir de 1914 modificó su tamaño, se convirtió en quincenario y se declaró revista del idealismo militante. A fines de ese año su director fue el crítico Giuseppe De Robertis, quien acentuó su línea literaria y la convirtió en revista “di pura arte”. “La poética de esta *Voce* –resume Francesco Flora en su *Storia della Letteratura Italiana* (tomo III)– fue la del fragmento y de la fulguración lírica; a ella se enlaza, más que a cualquiera otra, la poética analógica del así llamado hermetismo”. El recuerdo de la revista de varias generaciones volverá cuando Montanelli bautice con ese nombre su último y fugaz periódico, casi al final de su vida. Otras revistas de su interés fueron *L'Italiano*, periódico quincenal de la revolución fascista, y *Lacerba* (1914), de Ardengo Soffici y Papini, quienes se habían separado de *La Voce* y adherido al futurismo. En ellas el ávido lector seguía con atención el movimiento intelectual italiano, que aun en pleno fascismo y a pesar de las limitaciones impuestas por el régimen, se desarrollaba rico e intrépido.

La vía del periodismo

Tenía diecisiete años cuando envió a *La Nazione* un artículo –prudentemente rechazado– con chismes sociales y políticos de la Fucecchio secreta. Pero su primera publicación periodística

apareció cinco años después, en 1931, cuando la revista católica *Il Frontespizio* le aceptó un artículo titulado “Byron y el catolicismo”. Montanelli fue luego muy duro con esta primicia. “No tenía nada que sostener –escribió más tarde–, nada más, quiero decir, que mi vanidad literaria, y buscaba un diario de autoridad que la avalase”. En el ínterin, a los 19 años, se enamoró de una estrella de opereta, se escapó de la casa y no vaciló, él, tan serio y estudioso, en exhibir su humanidad alta, flaca y rubia, en un escenario dedicado a espectáculos frívolos, donde, tocado de chistera y vestido de frac, se sumó a los “boys” de la “troupe”. La aventura duró tres meses.

Los primeros pasos de Montanelli en el periodismo mostraron una actitud crítica que le ganó la animadversión de los jerarcas. Así ocurrió con sus notas para el periódico quincenal *L'Universale*, de Florencia, entre 1932 y 1935. En 1933 viajó a París para seguir cursos de perfeccionamiento en la Sorbona, pero prefirió aprovechar la oportunidad de vincularse a *Paris Soir*, donde se hizo diestro en el periodismo callejero. Recorría París en bicicleta a la pesca de noticias para el periódico parisiense. El director le había espetado un comentario denigrante que el novato tuvo que pasar por alto: “En París todos los delincuentes son italianos y todos los policías son corsos, de modo que usted se va a desempeñar muy bien”. Los diez meses de París fueron proficuos: estimularon su capacidad de observador, contribuyeron a perfeccionar su bien dominado francés (al cual se sumaron el inglés y el alemán) y lo libraron por un tiempo del aire pesado de la Italia fascista, a la cual llegaban sus páginas polémicas, recogidas por *L'Universale*.

El regreso se produjo en julio de 1934. Montanelli tenía 25 años. Mussolini había convocado a los colaboradores de ese periódico en el Palacio Venecia. Los felicitó, en especial por la lucha de aquellos contra el racismo hitleriano (el dictador no había caído todavía en ese siniestro error), los definió como “la punta más avanzada del fascismo” y los invitó a colaborar en el *Popolo*

d'Italia, su órgano oficial. Pero las lisonjas del Duce apuntaban, en verdad, a convertirlos en aquiescentes empleados del régimen, no en la reserva del futuro.

Montanelli daba lecciones de griego y de latín para completar sus entradas. Siguió hasta Grenoble a una muchacha francesa de la cual se había prendado, pero regresó, solo, a Florencia, donde se dio intensamente a la lectura, apasionado por la secular trayectoria de su país. Lo absorbieron dos libros de sendos economistas alemanes, destinados a influir en sus ideas: *El burgués*, de Werner Sombart, una de cuyas obras más conocidas es *El capitalismo moderno*; y *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, de Max Weber. Como apunta Marcello Staglieno, en ellos vio un doble nexo, “sustancial para su futura divulgación histórica, entre Reforma y liberalismo, y entre Contrarreforma y fascismo”. Sembró entonces las semillas que germinarían mucho más tarde en su *Storia d'Italia*.

En el mismo año viajó a Canadá, enviado por *France Soir*. Sus notas atrajeron a Webb Millar, corresponsal de la agencia United Press en París. A instancias de este gran periodista estadounidense, la agencia lo invitó a trasladarse a Nueva York como practicante. Allí aprendió, según admitió más tarde, la regla de oro de los cinco interrogantes que empiezan con la letra “w” y corresponden a quién, qué, cuándo, dónde y por qué (Who, What, When, Where, Why), a los cuales debe responder toda auténtica nota periodística. Allí también regía otro mandamiento: “Escribe de modo que hasta el lechero de Ohio pueda entenderte”.

Soldado de un imperio

Cuando Mussolini, emborrachado con la idea de convertir el reino de Italia en un imperio, invadió Etiopía en 1935, el periodista, que se hallaba en los Estados Unidos en el comienzo de una carrera ascendente, regresó a Italia y se enroló como voluntario, deseoso de acciones heroicas. Viajó a Londres, donde frecuentó

Fleet Street, la calle de los diarios, y comprobó que la opinión pública se pronunciaba contra las pretensiones imperiales de Mussolini. Sin embargo, Montanelli creyó que la guerra resolvería el problema de la desocupación (muchos compatriotas se trasladarían a África) y que el triunfo pondría fin a los desdeñosos epítetos que en el extranjero propinaban a los italianos. “A mí me daba rabia. Era muy joven, es decir, muy estúpido. Pero mi estupidez se alimentaba de la miseria de la emigración italiana, en medio de la cual me hallaba. Hoy el nacionalismo es una culpa. Sin embargo, no me avergüenzo de haber sido nacionalista a los veinte años, ante las masas italianas que vivían en Francia y en los Estados Unidos. Entonces sólo veía el injusto dolor que padecían”.

Montanelli fue destinado al Cuerpo de Tropas Coloniales de Eritrea (colonia italiana, al norte de Etiopía) con el grado de subteniente. Integró el XX Batallón eritreo, que fue luego el título de un libro suyo publicado en Milán en 1936. “Muchos de nosotros –incluso quien esto escribe– (dirá más tarde en *L'Italia littoria*, 1979, uno de los tomos de su *Storia*) pensábamos hasta en la posibilidad de quedarnos en Etiopía cuando la guerra terminara, para construir allí otra Italia, una Italia de pioneros, libre de trabas y condicionamientos, y acaso para realizar la regeneración fascista con la cual soñábamos”.

La tarea del subteniente consistía en registrar los desplazamientos de las tropas de uno de los generales más temibles del emperador Haile Selassie, y cuando estalló la guerra se le encomendó redactar los boletines del Comando. La superioridad italiana en hombres y armas se impuso. El 5 de mayo de 1936, el general Pietro Badoglio entró en Addis Abeba, la capital de Etiopía, abandonada ya por el emperador etíope, y dos horas después Mussolini, desde el balcón del Palacio Venecia, proclamó “al cabo de quince siglos, la reaparición del imperio en las fatales colinas de Roma”. Montanelli había sido testigo no sólo de la destrucción y la muerte sino de la actitud deshonrosa de jerarcas que aspiraban a la gloria fácil. “Un célebre conde milanés, que no lograba

conseguir una tarjeta de autorización [para marchar hacia la capital etíope], recordó ante el carabinero que le impedía el paso su íntima amistad con Edda Mussolini, y así pudo proseguir su marcha y al final del viaje recibir una condecoración” (*Qui non riposano*).

Indro no pudo dejar de escribir sus impresiones de la guerra, reunidas luego con el título de *XX Battaglione eritreo*. Las envió a su padre y este las hizo leer a su amigo Massimo Bontempelli. Entusiasmado con las flamantes páginas, Bontempelli se propuso hallarles un editor, quien, ya impresas, las envió a Ugo Ojetti, ex director del *Corriere della Sera*, esperando que el eminente periodista las comentase. La recensión fue amplia y laudatoria, y suscitó tal interés en los lectores que el libro resultó un éxito. Despachado por el profesor Sestilio Montanelli, el recorte del artículo de Ojetti, consagratorio para Montanelli, llegó a manos del soldado mientras este se hallaba con su “batallón eritreo”. En el comienzo figuran estas palabras que Ojetti destaca: “Soy literato. Y, aparte de lo feo y mezquino de esta palabra, estoy enamorado de mi oficio. Me cuesta sueño y fatiga. Pero no lo digo para llamar la atención sobre el relato. ¿Ante quién lo haría? Estoy dispuesto a sacrificar todo menos esto. Diré más. Estoy en Africa incluso por razones literarias: no para buscar color, sino para hallar una conciencia de hombre, necesaria a todos, pero especialmente a un artista... Ella me permitirá muchas cosas y me impedirá muchas otras: por ejemplo, hacer mañana profesión de veterano”.

En Africa trabajó en sus novelas *Primo tempo* y *Giorno di festa*. Permaneció allí hasta febrero de 1937, cuando decidió regresar a la patria. La experiencia fue provechosa para un curioso insaciable como él, pero decepcionante por la arrogancia imperialista y por el espectáculo tragicómico que daban algunos militares pomposos capaces de inventar hechos victoriosos y atribuirselos. El régimen se había estancado e infatuado. Era imposible que de su seno surgieran brotes renovadores. Ese mismo año renunció al partido oficial y fue excluido del registro de

periodistas. La segunda invasión fraguada por la Italia fascista, la anexión de Albania, en 1939, lo halló a Montanelli en franca disidencia.

La amistad de Leo Longanesi. Corresponsal en España

Al regreso de Etiopía, en 1937, visitó en Roma al director de *Il Messaggero*, quien le ofreció la posibilidad, no inmediata, de cubrir la información de la Guerra Civil española, que había estallado un año antes. Se comunicó con Leo Longanesi, fundador del semanario *Ómnibus*, con el cual inició un vínculo profesional y amistoso que se prolongó hasta la muerte del admirado colega, en 1957. Montanelli lo consideraba el maestro de su generación. “Había nacido director de orquesta –dijo en “La Stanza” del 4 de julio de 1999–, y blandió la batuta a los dieciocho años, cuando fundó *L’Italiano*, única revista *en contra* en momentos en que Italia tenía que estar enteramente *en pro*”. “Fue él quien, en 1936, dio a la actividad editorial italiana su primero e insuperable modelo de semanario ilustrado: *Ómnibus*, del cual han derivado, pero sin alcanzar jamás su nivel, todos los demás en los últimos cincuenta años”. En él logró reunir a los mejores talentos de la literatura y el periodismo italianos de los años 30, y entre los que se revelaron al público en sus páginas figuró el propio Montanelli, cuando todavía era un desconocido “aun para sí mismo”. Más tarde Longanesi fundó su célebre casa editora, en la cual ejerció sus dotes de “rabdomante de talentos”, como lo llamó su colaborador y amigo.

Montanelli trató, asimismo, de hallar un puesto en el anhelado *Corriere della Sera*, pero el director le explicó que por el momento no podía tomar redactores ni aceptar colaboradores. Finalmente viajó a España a fines de junio de 1937, enviado por *Il Messaggero*. La prensa fascista esperaba de sus corresponsales informaciones favorables al ejército que actuaba en la zona bélica, aun a costa de la verdad; quería contentar a los altos jefes y

dar a los lectores una imagen triunfal de la intervención italiana. Montanelli no podía prestarse a semejante farsa. De la toma de Santander, por ejemplo, informó que había sido “un largo paseo con un solo enemigo, el calor, un calor a plomo, insistente, brutal. Un avance impulsado no por el fuego sino por el agua”.

En consecuencia, tuvo que abandonar su puesto de corresponsal de guerra. “No fui un mártir perseguido –escribió más tarde–. Era sólo un periodista que intentaba decir la verdad, o al menos hacerlo de manera que el lector la intuyese. Y cuando seguí a las tropas españolas, intenté hacerlo sin pagar peaje. Pero sí lo pagué cuando marché con las tropas y los comandos italianos, que con mucha frecuencia se inventaban batallas y victorias. No me lamento, sin embargo, a pesar de que durante un año tuve que ganarme el pan en el exterior y con otras ocupaciones. Pero aun esa experiencia algo me enseñó”.

El Corriere della Sera

Sin posibilidad de amoldarse a las pretensiones del periodismo exitista del fascismo y siguiendo amistosos consejos, viajó a Estonia, en 1937, para hacerse cargo de una cátedra de lengua y literatura italianas en la universidad de Tartu, en Dorpat, pequeña ciudad estonia; y en Tallin, la capital del país báltico, se desempeñó como “lector” en el Instituto Italiano de Cultura. Estuvo en la Unión Soviética, visitó Suecia, Islandia, Finlandia, Grecia, y al regresar a Italia, pudo cumplir su ferviente anhelo. En octubre de 1938 –tenía 29 años– ingresó en el *Corriere della Sera*, la ilustre casa de via Solferino, su ideal periodístico, el diario que iba a darle grandes satisfacciones y grandes disgustos. A la sazón y desde 1929, lo conducía Aldo Borelli, ex director de *La Nazione*. “Para fortuna del diario que dirigía, y para mi fortuna, era sobre todo un hombre inteligente. Y generoso. Hacía tiempo que sabía que yo poseía aptitudes. Pero como no podía tomarme, dado que yo no tenía la credencial del Partido Nacional Fascista, me propuso

un contrato de colaboración, que naturalmente acepté enseguida”. Y así comenzó su carrera de “redactor viajero”. Borelli se había propuesto confiarle solamente artículos culturales para la “terza pagina” (en ella se concentraban los trabajos sobre esos temas) ya que su desempeño como corresponsal en la guerra española no lo recomendaba, pero finalmente lo envió a Albania, donde Italia vivía su segunda experiencia imperial. Al fascismo no lo ligaba más que su política antiburguesa y proletaria. “¿Pero cómo demonios se explicaba entonces que este fascismo inclinado a la izquierda en lo interno se apoyase en lo externo en las derechas más reaccionarias?”, se interrogaba. A Longanesi y a Ennio Flaiano atribuyó Montanelli este juicio lapidario: “En Italia hay dos fascismos: el fascismo y el antifascismo”.

Montanelli fue un periodista de suerte. En más de una oportunidad se halló en el sitio justo para ser testigo de acontecimientos históricos de magnitud. Estaba casualmente en Berlín cuando, en 1939, el III Reich invadió Polonia, hecho que marcó el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. (Casi veinte años después, en 1956, coincidió en Budapest con la rebelión popular contra la dominación soviética.) El *Corriere* lo envió al frente polaco, pero sus mordaces comentarios provocaron su expulsión de Alemania. También lo expulsaron los soviéticos de Estonia, a donde se había dirigido, cuando los comunistas invadieron los países bálticos. El corresponsal de guerra continuó su acción en Finlandia, donde, si bien soportó privaciones y “un invierno infernal”, obtuvo notoriedad internacional gracias a sus notas sobre la valerosa resistencia finlandesa al yugo nazi. En 1940 llegó a Oslo en coincidencia con la invasión germana a Noruega. Luego de pasar por Estocolmo, volvió a Milán.

Condenado a muerte

En Italia, fue recibido con reservas, aun por parte de viejos camaradas, hasta el punto que se le prohibió ocuparse de temas políticos. Trató entonces temas culturales en el semanario *Tempo*, fundado

y dirigido por Giorgio Mondadori, en el cual se desempeñó, con la anuencia de Borelli, como jefe de Redacción. El 10 de junio de 1940 Mussolini anunció la intervención de Italia en la guerra, como aliada del régimen nazi. Montanelli visitó Francia en plena ocupación, regresó a Milán y continuó su función de corresponsal en Albania, Grecia, Yugoslavia, Rumania, Bulgaria y Hungría. En 1941 retornó a Finlandia, ahora aliada con Hitler. En 1942, un breve paréntesis interrumpió su incesante itinerario periodístico: contrajo matrimonio con una dama austríaca, Margarethe de Colins de Tarsienne, Maggie.

Un año después se vinculó con el movimiento Justicia y Libertad y en junio se enroló como oficial en las formaciones partisanas. Una fotografía de 1943 lo muestra vistiendo el uniforme de capitán. En 1944 fue arrestado por los alemanes, sometido a castigos, procesado y condenado a muerte el 20 de febrero. Fue encerrado en la cárcel de Gallarate y luego, como “detenido político”, en la de San Vittore. Allí estaba también su mujer, sentenciada a treinta años de prisión. En circunstancias en que Montanelli se hallaba internado en la clínica de la prisión, consiguió evadirse gracias a una combinación de factores favorables manejados por el cardenal Ildefonso Schuster, a quien la madre de Indro se había dirigido en varias ocasiones. Aldo Crespi, uno de los propietarios del *Corriere*, desembolsó generosamente medio millón de liras para tratar de conmutar en cárcel la pena de muerte, sin saber que el condenado ya había logrado huir a Lugano, Suiza, donde los antifascistas allí refugiados le demostraron hostilidad.

En San Vittore conoció a Giovanni Bertoni, al que llamaban Generale della Rovere. Era espía de los alemanes, pero, imbuido de su falsa condición de militar de alta graduación, murió ante el pelotón de fusilamiento como un verdadero héroe. La curiosa figura le inspiró a Montanelli un relato publicado en el primer número de *Il Borghese* (15 de marzo de 1950). Más tarde, ampliado, fue base de una célebre película dirigida por Roberto Rossellini y protagonizada por Vittorio De Sica, que en 1959 obtuvo la consagración del León de Oro de Venecia.

Ya en 1945 y en Lugano, se enteró de que el Comité de Liberación Nacional se negaba a certificar su antifascismo. En los días que siguieron a la liberación de Italia por los aliados, en abril de 1945, su vida fue difícil, riesgosa. En Milán, confundido en la multitud, fue testigo azorado de la exposición pública de Mussolini, colgado de los pies, junto a su compañera y a varios secuaces. Si antes lo excluían los fascistas, ahora lo discriminaban los antifascistas. “Me discriminaron –dirá más tarde– sólo por el hecho de haber crecido, generacionalmente, durante los veinte años del fascismo”. Sin embargo, Montanelli nunca había ocupado cargos oficiales, no se había enriquecido ni obtenido beneficios ni honores de un régimen que había terminado por detestar. Así quedó determinado cuando investigaron su actuación. Guglielmo Emmanuel, uno de los directores del *Corriere* después de la guerra y periodista sin banderías ni resentimientos, logró sustraerlo de la furia de los antifascistas ansiosos de desquite. En su libro *Qui non riposano*, que apareció ese año, Montanelli escribió la historia de una generación, la suya, nacida en años incómodos y llegada al antifascismo desde el propio fascismo

En 1946 se le encomendó la dirección de la *Domenica degli Italiani*. Diez años después de su ingreso en el diario milanés, y superadas las dificultades de la posguerra, comenzó para Montanelli un período rico en satisfacciones. Por entonces –y era un signo de su alta calificación en el *Corriere*– compartía la oficina con hombres de la talla intelectual del novelista Guido Piovene y el poeta Eugenio Montale. Crónicas viajeras y reportajes, artículos y entrevistas acrecentaron su fama. En 1947 le fue concedido el premio Bagutta. En 1949 comenzó a publicar sus “Incontri”, título de una sección muy codiciada por la que desfilaron personalidades de toda disciplina y profesión. En los “Encuentros” se codearon el papa Juan XXIII, el escritor André Gide, el rey Pedro de Yugoslavia, el actor Aldo Fabrizi, la soprano Rosetta Pampanini y tantísimos más. También las necrológicas –los “cocodrilos”, como las llamaban los hombres de prensa italianos– brillaron en sus manos, demostrando

el dominio de Montanelli de todas las especies periodísticas. Así llegó a ser el periodista más popular del *Corriere*.

En 1950 dio comienzo su relación con la periodista Colette Rosselli, y un año después se separó de Maggie. Contemporáneamente colaboró en *Il Borghese*, cuyo director era su amigo y gran periodista Leo Longanesi. En 1954 aconteció un hecho de importantes consecuencias: Dino Buzzati, el novelista de *Deserto dei tartari* y director de la *Domenica del Corriere*, le solicitó la narración, por entregas, de la historia italiana, inicio de uno de los trabajos fundamentales en su trayectoria intelectual. En 1956, como se recordó más arriba, fue testigo de la rebelión húngara del 23 de octubre. Esta circunstancia dio origen a su comedia *I sogni muoiono all'alba*, escrita en 1960 y adaptada luego al cine. En 1959, sus últimas entrevistas recogieron, en Israel, expresiones de tres figuras capitales de la política de ese país: Golda Meir, David Ben Gurion y Moshe Dayan.

Montanelli contra la “café society”

Con las protestas de estudiantes y sindicalistas que culminaron en mayo de 1968, concluyó el período de bonanza. Enzo Bettiza, en un libro titulado *Via Solferino*, por el nombre de la calle donde se levanta el edificio del *Corriere della Sera* (Rizzoli, 1982), describe así el momento de auge de la llamada “café society” que provocó el desplazamiento de Montanelli. “Una especie de mascarada ideologizante trastornaba las diferencias sexuales, generacionales, sociales. Las mujeres ostentaban una agresividad masculina, los ricos se vestían con andrajos, los estudiantes querían enseñar la revolución a los obreros, los profesores seguían a los estudiantes y se camuflaban de contestatarios; los padres se avergonzaban de ser padres y, acomplejados y aterrorizados por los hijos, los imitaban torpemente en la insolencia de las maneras y en la vulgaridad del lenguaje. (...) Los más típicos representantes de este radicalismo de millonarios masoquistas eran Giulia

Maria Crespi y Giangiacomo Feltrinelli”. De la “intelligentsia” (palabra rusa que designaba, en la época zarista, a la clase intelectual y que finalmente pasó a designar la clase intelectual de cualquier país, en particular los intelectuales progresistas), de la “intelligentsia” italiana dijo en una de sus “Stanze” (5-11-2000) que era “una de las más despreciables que se hayan visto por su conformismo y su cobardía”. Y proseguía: “las verdades eran verdaderas si las decían ellos, los intelectuales de izquierda, y falsas si las decíamos nosotros, encasillados como *derecha*”.

La onda que finalmente iba a desembocar en el terrorismo conmovió el diario de la familia Crespi, y su entonces directora, Giulia Maria, a quien llamaban la Zarina, lo arrastró al mar proceloso de la izquierda extrema, navegando contra la corriente de su tradicional actitud. En efecto, el *Corriere della Sera* se había convertido, con palabras del mismo Montanelli (14 de junio de 1998) en “el órgano de la intelligentsia radical-chic de los sesenta, ‘capannesca’ [por Mario Capanna, *enfant terrible* de la contestación y más tarde funcionario regional] y ‘feltrinellesca’ [por Giangiacomo Feltrinelli, editor y también ardoroso contestatario]”. En cambio de valores como la educación, el civismo, el orden, la familia, el nuevo *Corriere*, sin sostener una clara línea política, se manifestó tolerante con la protesta estudiantil y reverente con un Partido Comunista ligado aún a Moscú. Montanelli, que se definía anarco-conservador, fue quedando aislado. Veía cómo el estilo “reconocible y reconocido”, que consistía en guardar cierta distancia ante los problemas, en mirar la realidad de un modo antidemagógico, se convertía en estilo “desordenado, tumultuoso, terriblemente demagógico”.

El *Giornale* contra la corriente. Las Brigadas Rojas

Montanelli tuvo que alejarse de su querido *Corriere*, en pugna con la línea impuesta por la dueña y por el director Piero Ottone, “intelectual de izquierda”. Renunció el 18 de octubre de

1973. Algunos amigos le dieron la espalda, otros lo acusaron directamente de fascista. ¡Otra vez! Con él se fueron Enzo Bettiza y las treinta mejores firmas del *Corriere*, aquellas que, como dijo Franco Di Bella, uno de los directores del período izquierdista, constituían “la platería de familia”. Para él, periodista por fatalidad, llegó entonces el momento de cumplir un sueño: terminar su carrera “dando vida a un diario libre, con periodistas conscientes de los propios derechos y deberes”. Así nació *Il Giornale Nuovo*, cuyo primer número apareció el 25 de junio de 1974.

A partir de julio, Giulia Maria Crespi cedió la propiedad del *Corriere* a Andrea y Angelo Rizzoli. En las páginas de *Il Giornale*, la sección “Controcorrente” mostró a su director de nuevo implacable y mordaz, cómodo en el tono de la sátira que había aprendido a admirar y manejar en los autores latinos. Lo tacharon de reaccionario y hombre de derecha simplemente porque no era de izquierda, y lo acusaron de estar financiado por las multinacionales y al servicio de los intereses de los Estados Unidos. En 1974, asimismo, otro paréntesis íntimo: se casó, en segundas nupcias, con la periodista Colette Rosselli (conocida como Donna Letizia). De 1976 data su encuentro con el empresario Silvio Berlusconi, con el cual llegó a simpatizar y tener lazos de amistad y de colaboración profesional cuando aquél apoyó financieramente *Il Giornale*.

La verificación de que sus comentarios no pasaban inadvertidos y escocían a los destinatarios fue el atentado perpetrado por las Brigadas Rojas el 2 de junio de 1977. Así lo evoca la víctima en su autobiografía: “Aquella mañana, a las 10 en punto, había salido del Hotel Manin, donde entonces vivía, para dar mi habitual paseo matutino antes de ir al diario. Hacía mucho calor y casi de inmediato crucé la calle para poder caminar a la sombra de los árboles. De pronto sentí tres pedradas en la carne. Y cuando me di vuelta, aferrándome a la reja, vi a un desconocido a cara descubierta que me apuntaba con una pistola con silenciador. Esta es la razón por la cual no había oído el ruido de los disparos. En

los instantes sucesivos al ataque, el primero en socorrerme fue Sebastián, el jefe de los choferes. Las ventanas del *Giornale* estaban abiertas, él oyó los gritos, la confusión, se asomó y me vio en el suelo, sangrando. Se lanzó a la calle y me levantó en brazos como a un chico. Le dije: *Tranquilo, Sebastián, me han embromado, pero me las arreglaré*". Tiempo después, refiriéndose a los terroristas que lo atacaron, comentó: "Nada tengo contra ellos sino contra los tartufos de la burguesía italiana, sobre todo la de Milán, que los miman".

El *Giornale* gozó del apoyo financiero de Silvio Berlusconi, pero cuando el poderoso empresario y futuro jefe del gobierno italiano quiso ponerlo al servicio de su política, el director volvió a renunciar, en 1994. Donna Letizia murió en 1996, el año en que Montanelli obtuvo –compartido con el filósofo español Julián Marías– el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades. Planeó la fundación de otro periódico, *La Voce*, (título lleno de reminiscencias y homenaje a la célebre revista de Giuseppe Prezzolini), que apareció en 1997 y dejó de salir al año siguiente. La ancianidad del director, los nuevos tiempos, las transformaciones del periodismo y las dificultades del financiamiento, apuraron el fracaso.

Además, según la ajustada caracterización del periódico trazada por Staglieno, el diario de Montanelli, a pesar del título prezzoliniano, "casi nada tenía en común con aquella fragua de cultura, que al alba del siglo XX había *desprovincializado* la cultura italiana, insertándola en las grandes corrientes del pensamiento europeo". Prezzolini, en su *Voce*, fue más emprendedor y organizador cultural y más descubridor de talentos que autor de ensayos y artículos. Montanelli, en cambio, máximo solista y *princeps* del periodismo, concibió su *Voce* (y en los últimos tiempos también el *Giornale*) como un marco para sus propios artículos. Cuando se cerró *La Voce*, le ofrecieron la dirección del *Corriere*, desembarazado ya de la zarina Giulia Maria Crespi y sus amigos, pero Montanelli no la aceptó. Aceptó, en cambio,

hacerse cargo de una sección, “La Stanza”, en la cual reanudó diariamente y hasta su muerte el diálogo con sus lectores.

La historia vivida y escrita

Indro Montanelli vivió inmerso en la historia de su tiempo, ya como protagonista, ya desde el periódico y el libro. El estudio de la Historia fue, después del periodismo, la vocación más arraigada de este luchador, al cual, como a Miguel de Unamuno, le dolía su país. Se concentró con ahínco particularmente en la historia de Italia para desentrañar su índole y para rastrearla en el encadenamiento de los hechos a través de los siglos. Por eso comenzó por los fundamentos de su civilización, es decir, por los griegos y por Roma, y recorrió su secular trayectoria buscándole el sentido profundo hasta desembocar en lo contemporáneo, enriquecido por esa perspectiva.

Montanelli fue un divulgador de hechos históricos impulsado, eso sí, por una poderosa energía ética. En este punto se produce el contacto entre historia y periodismo. Puso la historia al alcance del hombre común para facilitarle la reflexión sobre sucesos políticos, militares, culturales y sociales de hoy, y para despertarle una operante conciencia nacional. Apreciaba la Historia en su dimensión pragmática, como “maestra de la vida”, según la frase de Cicerón en *El orador*. La mayor parte de la *Storia d'Italia* está escrita en colaboración, pero el autor se reservó cinco tomos: *L'Italia giacobina e carbonara*, *L'Italia del Risorgimento*, *L'Italia dei Notabili*, *L'Italia di Giolitti* y *L'Italia in camicia nera*.

Fue Dino Buzzati quien intuyó en Montanelli la vocación del divulgador de historia. Ya se ha señalado que le pidió al amigo y colega que contase, con su estilo claro e irónico, las vicisitudes nacionales desde los tiempos de Rómulo y Remo en adelante. Así nació, por entregas y con excepcional éxito, la *Storia d'Italia*, que contribuyó en buena medida a la fama del autor. Montanelli se jactaba de esta vertiente de su obra. “Frente a la historia oficial,

llena de notas tanto como de ideologías que la vuelven bastante poco apetecible –al contrario de lo que sucede en el mundo anglosajón–, siempre he tenido el orgullo, como divulgador, de haber acercado las vicisitudes italianas a millones de lectores”. Le dedicó casi medio siglo de trabajo.

Algunos lo acusaron de facilismo, de imprecisión, de anecdotismo. Umberto Eco, entre ellos, le reprochó utilizar un procedimiento opuesto a la metodología historiográfica, que exige hechos bien comprobados y luego elaborados hasta trazar estructuras y leyes. Pero Montanelli, que sabía describir y narrar, seguía fascinando a sus lectores, a pesar de las libertades que se tomaba con la historia como ciencia. El historiador Lucio Villari, más flexible, dijo, refiriéndose a Montanelli: “Su Historia comienza y concluye con él, sus libros tienen un público que es su público (...) Montanelli se propone *a priori* el objetivo de desacralizar los hechos”.

Marcello Staglieno, que escuchó muchas confesiones de su maestro, expresa que si inicialmente su propósito fue sólo divulgar y aun divertir, bien pronto se convenció del efecto formativo de la Historia. “Comprendí –son palabras de Montanelli– qué importante es, para un pueblo, conocer sobre todo la propia historia, siguiendo precisamente la advertencia de [Fernand] Braudel sobre el pasado que explica el presente, el cual sirve, a su vez, para interpretar el pasado. (...) Comprendí que una amplia imaginación creativa, capaz de reconstruir una época llenando los recovecos incluso allí donde el documento falta (...) podía acompañar la busca cuidadosa de los documentos y el examen de las fuentes”. Y mencionaba en su apoyo a autores como Edgard Gibbon, Arnold Toynbee y Oswald Spengler, historiadores llenos de ciencia y de seducción. No por nada Montanelli probó la narración y el drama, fue novelista en *Primo tempo* y *Giorno di festa*, y dramaturgo en *I sogni muoiono all'alba* y otras piezas. Pero dejó la narración y el teatro, en los que no podía igualar a sus contemporáneos Alberto Moravia, Guido Piovene o Buzzati, para ser, como lo aclara en su autobiografía, “solamente periodista”. No obstante, la ficción

y la marca estilística del escritor están presentes en toda su obra de hombre de prensa.

La soledad final

En sus últimos años, echaba de menos una fe que nunca lo había iluminado. Miraba el mundo, y sobre todo a su querida y padecida Italia, con amargura y negro pesimismo. Completando un pensamiento del eminente periodista Ugo Ojetto sobre la desmemoria de los italianos, decía que “un país sin memoria no es un país, es sólo un conglomerado de bastardos acampados en la tierra más bella del mundo, como las langostas cuando bajan para devastarla”. No culpaba al llamado sistema por los males de su país sino a sus propios compatriotas, que no saben “respetar y hacer funcionar ningún sistema, ni democrático ni autoritario. ¿Y sabe por qué? –le preguntaba a su interlocutor–. Porque nos falta la materia prima: el ciudadano, es decir, el sujeto consciente no sólo de sus derechos sino también de sus deberes”. A estas invectivas las impulsaba una fiera indignación se diría dantesca, semejante a la que desencadenaba las diatribas de Dante contra su ingrata Florencia. Y el casi florentino Indro Montanelli las asestaba sobre la descarriada Italia contemporánea. Al concluir su *Storia*, profirió estas palabras de extremo desencanto: “En los últimos tiempos me he despedido incluso de Italia, un país que ya no me pertenece y al cual siento que ya no pertenezco”.

Optó por la soledad en medio del torbellino de los sucesos de su tiempo; confió en la amistad, aunque tuvo desilusiones. Se casó dos veces, pero fue más amigo que marido de sus mujeres; no tuvo hijos. Su necesidad de independencia fue más fuerte que cualquier otra cosa. Al respecto dijo frases como estas, con algún punto de soberbia: “Soy un solista y quiero seguir siéndolo”. “Yo no canto en el coro”. “Empeño mi batalla así, en nombre de ciertos valores entre los cuales he crecido, y a los cuales me siento fiel, en una tradición digamos liberal-democrática-iluminista que

tiene raíces bien conocidas”. Esos valores fueron los de Occidente, tan comprometidos por las guerras y los atropellos del siglo XX, pero dignos de ser salvados. Montanelli podría haber firmado las palabras que su joven compatriota, el notable ensayista Claudio Magris, ha escrito: “En nombre de Occidente se han perpetrado injusticias, se han ocultado incluso venganzas infames, pero del otro lado de los muros [el Este comunista] la situación fue infinitamente peor. Tenemos la suerte de no haber quedado encerrados detrás”.

Montanelli murió a los noventa y dos años, en Milán, el domingo 22 de julio de 2001. Fue sin duda un profesional consumado y reconocido internacionalmente, pero sus prendas están más allá de la profesión periodística y de su técnica. Ellas lo convirtieron en un pensador, en una fuerza moral, en un maestro cuyas lecciones hoy siguen vivas a través de sus libros y, particularmente, a través de su aleccionadora *Historia de Italia*.

Ideario montanelliano

Se reúnen a continuación fragmentos de artículos, libros y entrevistas en los que Indro Montanelli habla de sí mismo (fue parco en hacerlo), de Italia (su obsesión) y de otros temas contemporáneos que atizaron su insaciable curiosidad y su constante preocupación. Acaso algunas opiniones resulten demasiado duras fuera de las circunstancias en que fueron manifestadas y del factor emocional que las excitaba, sobre todo en sus últimos y decepcionados años. Pero es necesario decir que esas opiniones nunca fueron oportunistas, al contrario, fluyeron a contracorriente del consenso político e intelectual y a menudo lo malquistaron con los dueños del poder. Precisamente este raro valor, casi intrepidez, para exponer sus juicios con independencia de toda presión, constituyó el secreto de su autoridad y de su renombre.

Montanelli caracteriza al periodista como un hombre común, un hombre de la calle dispuesto a dar a los demás hombres de la calle, con honestidad e imparcialidad, una visión fiel de la realidad. No está del lado del Poder sino del lado, precisamente, del hombre común. Para Montanelli no hay una sola verdad sino muchas y lo que el periodista debe hacer es buscarla incluso en contra de las propias convicciones y aun cuando nunca llegue a alcanzarla. Como cualquier hombre, en función de ciudadano, debe tener el derecho de juzgar libremente acerca de las acciones de gobierno, destacar lo bueno y censurar lo malo, sin sujetarse a un determinado bando, sin tener que pertenecer forzosamente a uno u otro. Esa compulsión que llegó a ejercer con el tiempo el fascismo, desleal con sus promesas, tan ligadas a la tradición

latina en un comienzo, concluyó por desengañar a Montanelli y apartarlo del régimen que se precipitaba al abismo. Para explicar su cambio, reconoció la existencia de dos Mussolini: el partidario de la moderación y el orden, en su primer gobierno; y el de la alianza con Hitler, en su calamitoso final.

Montanelli buscó en la Historia la verdad de Italia y los italianos, y desafió el prestigio de dos tenaces mitos nacionales al negar el carácter popular del célebre “Risorgimento” (obra de Cavour y de la monarquía saboyana, según él), y el aura heroica de la Resistencia, que fue, dice, una lucha fratricida entre fascistas derrotados y fuerzas guerrilleras que, en su mayoría, se batían bajo las banderas del Partido Comunista, al servicio, a su vez, de la Unión Soviética. Implacable con sus compatriotas, no dejó de censurar la tendencia al corporativismo (cuya manifestación local ha sido la mafia) y a la corrupción, que no es un rasgo de tal o cual régimen sino una constante que se reitera en todos, un virus que ha reducido la democracia a partidocracia y ha atacado a la cultura, sumisa y sujeta al Poder.

Montanelli no fue un hombre de fe, tampoco un anticlerical, pero le reprochó a la Iglesia no haber favorecido la aparición del ciudadano, preocupada exclusivamente por la preservación del creyente. No obstante, la consideró uno de los pilares más poderosos de la civilización occidental y la mejor salvaguarda para resistir el asalto ideológico del Islam. Lamentablemente la “intelligentsia” de los países occidentales se ha empeñado en hostilizar a la Iglesia y muchos católicos no han asumido su papel con firmeza. De tal modo Occidente trabaja irresponsablemente por su propia extinción. Montanelli advirtió en su tiempo, y no sólo en Italia, una crisis de valores de magnitud comparable con la que desencadenó el ocaso del Imperio Romano, y, sin embargo, y a pesar de reconocerles defectos parciales, creyó en ellos, los juzgó insustituibles y se empeñó en defenderlos.

Textos del escritor

El periodista, un hombre de la calle

No estoy con ellos [los antifascistas exaltados]. Pero quien no está con ellos está contra ellos. Es lo que decía también Mussolini. Y yo me hice antifascista precisamente porque Mussolini se expresaba así y me prohibía no estar con ninguno. Soy un hombre de la calle, un hombre de treinta y cinco años. Cuando tenía doce, mi abuelo, que era liberal, me puso con sus propias manos la camisa negra. Después de lo cual, siguió siendo liberal y yo seguí con la camisa negra. No tenía otras para elegir. Y, además, me gustaba. Siguió gustándome por un tiempo. Después no me gustó más porque me imponía demasiadas cosas: amar a gente que no amaba, odiar a gente que no odiaba, despreciar a gente que no despreciaba. Luego [Mussolini] no se sintió satisfecho y quiso inmiscuirse en mis asuntos privados. Me prohibió que me casara con tal mujer porque era judía, con tal otra porque era extranjera. Cuando elegí una, me impuso que considerara mis relaciones con ella como un servicio nacional para la procreación de hijos que, a su vez, llevarían la camisa negra y gritarían viva el Duce, etc. etc. No podía seguir. Esto es lo que yo sentía, a los treinta y cinco años, hombre de la calle: que no podía seguir. No quería hacer política. ¿Un hombre de la calle tiene derecho a no hacer política? ¿Un hombre de la calle tiene derecho a decir que el gobierno ha hecho bien en hacer esto y mal en hacer aquello? ¿Tiene derecho un periodista, que es un hombre de la calle, que va a ver y a referir las cosas por cuenta de los demás hombres de la calle, tiene derecho a referir que los hechos se desarrollaron así y así, y que en ellos había tanto de lindo y tanto de feo, tanto de justo y tanto de injusto? No, el fascismo estableció que un hombre de la calle no tiene estos derechos. Por eso me hice antifascista. No porque en el puesto de Mussolini quisiera a otro sino porque no quería a ninguno. Yo quería estar en la ventana. Quería tener el derecho de decir que el gobierno abría hermosas calles, y en eso era digno de alabanza, pero que gastaba demasiado dinero en cañones, y en

eso merecía críticas. Quería tener el derecho de ver un buen film norteamericano en cambio de un mal film italiano. Tal vez estaba equivocado. Pero quería tener el derecho de equivocarme y luego darme cuenta por mí mismo del error. (*Qui non riposano*, 1949)

El periodista y la verdad

La verdad es un ideal, no una realidad. Hay muchas verdades, no existe una sola. Por cierto que todo sería fácil si hubiera algo objetivo, seguro, pero no existe una verdad con estas características. Existe, en cambio, la busca de la verdad, y el periodista tiene esa obligación, debe hacer lo posible por alcanzarla, aun cuando nunca lo logre. La verdad, en efecto, tiene infinitas caras y es imposible contarlas en su totalidad. Hay una gran variedad de periodistas, y espero que en el futuro aumenten quienes tengan presente este imperativo de busca, perseguido aun en contra y a costa de las propias convicciones. Hoy no se procede así, y a los lectores no les queda más que el escepticismo. El escaso interés por la verdad es ciertamente uno de los motivos de la indiferencia para con los diarios. (En la revista “on line” *Golem*, 11-7-1996)

Sobre Italia. El “Risorgimento”

...el “Risorgimento” como epopeya del espíritu unitario y patriótico es una falsedad histórica. Fue un hecho elitista al margen del pueblo. Este se lo encontró servido junto con la unidad del país. Italia, en suma, nació de una montaña de embustes sobre los cuales nos mantenemos desde hace ciento cincuenta años, al precio, se entiende, de otros embustes, como el de un Estado centralista garantido sólo por su ineficacia. Pero la descentralización es un lujo que solo pueden concederse los Estados maduros y fuertes. El Estado italiano es prepotente, opresivo, incluso a veces persecutorio, pero no por ser fuerte, al contrario, precisamente por ser débil. El federalismo, en cambio, necesita un arraigado

sentimiento de identidad nacional que contenga los impulsos centrífugos que el mismo federalismo desencadena. (*Soltanto un giornalista*, p. 280)

La monarquía saboyana

El 2 de junio de 1946, día del referéndum institucional, voté por la monarquía. Lo hice porque consideraba que era peligroso cortar el delgado hilo que ligaba Italia a su única tradición nacional: precisamente la monárquica. Italia no se había “hecho por sí misma”, como pretendía nuestra historiografía oficial. La había hecho la monarquía saboyana guiada por el genio diplomático de uno de sus ministros, Cavour [Camilo Benso, Conde de], que deseaba ampliar el Reino de Cerdeña añadiéndole la Lombardía y el Véneto. Si después resultó Italia, no fue gracias a la contribución de los italianos, que nada aportaron. Fue porque la historia de Europa marchaba hacia la constitución de los Estados nacionales y condenaba a muerte a los plurinacionales como el Imperio austríaco. Así, gracias a Cavour, y no a la inexistente inteligencia política de los Saboya, estos supieron sacar provecho de la situación histórica y, con la decisiva ayuda de la diplomacia inglesa y de los ejércitos franceses y prusianos, cosieron los diversos trozos de la península hasta convertirla, bien o mal, en un Estado Nacional, que desde hacía un siglo —el único de historia unitaria desde la caída del Imperio Romano en adelante— simbolizaban. En lugar de aquel patrimonio, por más modesto que fuese, ¿qué prometía la república? [Se refiere a la república proclamada en el referéndum de 1946] Se presentaba como depositaria de los valores de la Resistencia, un mito aún más falso que el “Risorgimento”. La Resistencia no había sido de ningún modo, como pretendía ser, la lucha de un pueblo en armas contra el invasor, sino una lucha fratricida entre los fascistas restantes de la República de Salò y las fuerzas guerrilleras, cuyo 80 por ciento se batía (casi nunca contra los alemanes) bajo las banderas de un partido [el comunista] a su vez al servicio de una potencia extranjera (*Idem*, pp. 125-26).

Los dos Mussolini

No he conocido a un solo hombre que haya tenido una misma cara. Entre el Mussolini que al llegar a Roma licenciaba a las escuadras [bandas fascistas] y embarcaba en su primer gobierno a todo lo mejor en el campo de la moderación y del orden; y el que, subyugado por Hitler, quería imponer a nuestros pobres soldaditos de caídas asentaderas el paso de la oca y arrastrarlos a la gran aventura del dominio mundial, nunca he llegado a ver parentesco, y sin embargo ambos existieron. (“La Stanza di Montanelli”, *Corriere della Sera*, 21-IV-2001)

Corporativismo y privilegios

No hay duda de que en algunas regiones los poderes están firmemente en manos de ex comunistas, que hacen cuanto pueden para manejarlos como en los tiempos del comunismo, gracias a una bien tejida red de complicidades. Pero esto no es comunismo, es Italia, con su inmarcesible corporativismo, suave sinónimo de “mafiosidad”, enfermedad que infecta toda la vida nacional, en la cual el privilegio, traducido, también suavemente, como “derecho adquirido”, no se toca, y quien lo toca muere. Es por eso que he perdido toda confianza en mi país. La única esperanza es que Europa, cuya marcha es muy difícil pero inevitable, logre realmente borrar las naciones. En este nuevo orden de cosas los italianos entrarán con más facilidad que los demás, porque como nunca lograron convertirse en nación, no tendrán el lastre de la tradición y la identidad. Sólo que, a diferencia de los otros, entrarán como “apólicas”, o sea como hijos de nadie. (Expresiones recogidas por Marcello Staglieno, en *Novant’ anni contro corrente*, p. 315)

Italia y la corrupción

Me he convencido de que la corrupción no surge, entre nosotros, de este o aquel régimen ni de estas o aquellas “reglas”. Por

otra parte, tenemos un laberíntico exceso de “reglas”, porque nos envuelve el sudario de más de ciento cincuenta mil leyes respecto de un término medio europeo que no supera, en los países de la Unión Europea, las cuatro mil. El hecho es que, probablemente, el virus de la corrupción esté incluido en nuestro DNA, y los italianos somos incapaces de oponerle una vacuna. En Italia todo se corrompe. ¿Hemos reducido o no la democracia a partidocracia, es decir a un sistema de mafias? ¿Y no es acaso una mafia la misma cultura, siempre sumisa y aun servil frente al poder? Nacida en Palacio, estuvo invariablemente sujeta al Príncipe por falta de un “público”, sobre todo a causa de la Contrarreforma, que, en cambio del “ciudadano” privilegió al “creyente”. Al contrario de los intelectuales de los países noreuropeos, en los cuales la Reforma, al imponer la lectura directa de las Escrituras, derrotó el analfabetismo y potenció el espíritu crítico, el intelectual italiano lleva aún en sí aquel vicio de origen. Por una parte, escribe y habla para los *confrères* intelectuales, no para la gente. Y, por otra, instintivamente busca un Príncipe al cual servir, sobre todo en política. (Ídem. p. 429)

Esperanzas frustradas

...cuando en 1975 resolví valerme de la colaboración de [Mario] Cervi para escribir la historia italiana desde 1925 hasta hoy, es decir a partir de la *Italia littoria*, en volúmenes en que la historia se enriquece, o, si quieres, se precisa con algún testimonio propio y directo, ya me daba cuenta de que nuestro testimonio –el mío y el de Cervi– era algo a mitad de camino entre la rendición de cuentas de una bancarrota y la anamnesis de un aborto. Y sin embargo seguía alimentando alguna esperanza sobre nuestro país. Pensaba que aquí, concluido en 1980 el terrorismo con la muerte del pobre [Walter] Tobagi, era posible encaminarse hacia una nueva época, aun con la presencia del Partido Comunista Italiano y el Muro de Berlín... En otras palabras: estábamos convencidos,

Cervi y yo, de que Italia podía finalmente liquidar la nueva retórica de la Resistencia, que reemplazó en 1945 a la fascista. Y tenía la ilusión de que el trágico baño de los “años de plomo” pudiese incluso mejorar la moralidad nacional, ya a través de un recambio generacional en la clase política, con los “jóvenes reclutas” que también nosotros, desde el *Giornale*, contribuimos a llevar al Parlamento; ya con una limitación de la praxis “tangencocrática”; y digo limitación porque es fisiológica y eliminarla del todo es imposible... Pero al final, lamentablemente me he dado cuenta—como, por otra parte, lo digo con toda claridad en mi “Poscritto” a *L’Italia dell’Ulivo*— de que la retórica y las camarillas son entre nosotros igualmente ineliminables. He hecho mía la convicción que [Giovanni] Ansaldo y [Giuseppe] Prezzolini atribuyeron a [Giovanni] Giolitti, o sea, que “no es posible adaptar a un pueblo contrahecho la ropa confeccionada para un hombre normal”. Y lo afirmo con referencia tanto a la clase política como a los electores, porque no es verdad que la clase política sea peor que quien la lleva al poder, sino que es, por desgracia, su expresión más fiel. (Ídem, p. 427)

Reformar a los italianos

En este país, las reformas no sólo son inútiles sino dañosas, porque preludian siempre lo peor. En Italia no es necesario reformar los sistemas electorales ni las leyes ni las reglas. Hay que reformar a los italianos. (*Soltanto un giornalista*, p. 284)

Italia y la Iglesia

Un pueblo italiano consciente de la propia identidad y decidido a defenderla no existe. Y no existe porque en los siglos en que esta conciencia maduraba en el resto de Occidente, en Italia la sofocaba una Iglesia temerosa de que el “ciudadano” suplantase al “creyente” y crease un poder temporal laico contrapuesto al suyo

(...) Ya es tarde para remediar este incumplimiento que en mi vocabulario se llama traición. Una sola persona, entre las que viven, podría lograrlo: el Papa. Sólo este Papa [Juan Pablo II] puede disculparse ante el pueblo italiano y explicarle por qué no ha llegado a ser un pueblo. Si él lo dijese, el pueblo comprendería. No es, se entiende, una propuesta, para la cual ningún título me avala. Es solamente una súplica. La súplica de un italiano laico cualquiera al Papa más anticlerical que haya ocupado jamás la Cátedra de San Pedro. (“Una súplica al Pontífice”, *Corriere della Sera*, 18-9-1997)

Valores de Occidente que se derrumban

Creo que hay algo que escapa a todas las previsiones... Aquí hay algo mucho más importante que una crisis simplemente política: es una crisis que Italia, tal vez, dada su fragilidad como Estado, etcétera, experimenta más que los demás, pero que afecta al mundo entero... Hay precisamente una crisis de valores que quizá tenga como equivalente, desde el punto de vista de la grandiosidad, el final del Imperio Romano, no sé, una cosa así... un derrumbe de valores completo. ¿Y qué ocurrirá después de esta crisis? Es una crisis que envuelve a todos los regímenes...

O

Estoy empeñado en mi batalla de este modo: en nombre de ciertos valores entre los cuales he crecido y a los cuales me siento fiel, en una tradición digamos liberal-democrática-iluminista que tiene raíces bastante conocidas... Aun en plena crisis, hoy creo en los valores de este tipo de cultura, veo sus defectos pero veo también sus méritos... Pienso que no se los puede sustituir, no sé imaginarme otros y combato por estos valores... ¿Venceré? Un buen soldado no se formula esta pregunta, muere o vence... Combate bajo su bandera. (De una entrevista televisiva, en el programa “Bontà loro”, 1977)

Los valores cristianos y la amenaza islámica

Esta cultura de la nada [la nuestra] no será capaz de resistir el asalto ideológico del Islam, que no dejará de producirse. Sólo el redescubrimiento del “mensaje cristiano” como única salvación para el hombre –y por lo tanto sólo una decidida resurrección de la antigua alma de Europa– podrá ofrecer una salida diversa a esta inevitable confrontación. Lamentablemente ni los “laicos” ni los “católicos” parecen haberse dado cuenta del drama que se está manifestando. Los “laicos”, hostilizando por todos los medios a la Iglesia, no se percatan de que están combatiendo a la inspiradora más fuerte y a la defensora más válida de la civilización occidental y de sus valores de racionalidad y de libertad. Cuando lo adviertan podría ser demasiado tarde. Los “católicos”, al dejar palidecer en sí mismos la conciencia de la propia verdad y sustituir el ansia apostólica por el puro y simple “diálogo” a toda costa, de modo inconsciente preparan (humanamente hablando) la propia extinción. La esperanza es que la gravedad de la situación pueda en cierto momento llevar a un eficaz despertar ya sea de la razón o de la antigua fe. Es nuestro augurio, nuestro empeño, nuestra súplica. (*La nuove stanze*, p. 48)

La Italia de los universitarios y la “café society”

Este país es lo que es –ignorante, superficial, capaz de cualquier efímero furor, pero no de verdaderos sentimientos y resentimientos morales– porque así lo hizo la escuela, y así hizo la política a la escuela. Una vez le pregunté a un colega inglés cómo hacía su país para regirse tan firmemente sin una verdadera Constitución. “Sí, no tenemos una Constitución en el sentido en que ustedes dan a esta palabra”, me respondió. “Como compensación tenemos los *colleges*, donde se forman hombres que no necesitan la Constitución para saber qué pueden y sobre todo qué no pueden hacer”. Lamentablemente a los estudiantes [italianos] no les interesaban las reformas para que la universidad fuera eficiente

sino la demagogia y el oportunismo. La mayor parte de quienes se lanzaban contra los personajes importantes sólo aspiraban a convertirse en personajes de segundo orden, y, en efecto, lo lograban. Sobre todo eran inaceptables los métodos de aquella protesta, consistentes en golpes, intolerancia y atropellos. El movimiento estudiantil era una dictadura, y privando al docente del derecho de evaluar al estudiante, de hecho daba patente de legitimidad a los burros. Como había sucedido ya con el fascismo, los profesores tenían una sola alternativa: aceptar o convertirse en héroes. Y esta vez el conformismo con el nuevo régimen supo camuflarse particularmente bien con la máscara del entusiasmo. En pocos años la burguesía que yo había conocido y apreciado se había vuelto irreconocible. Se había transformado en un rebaño que injuriaba al poder sólo para ocultarse a sí misma que había caído presa de otro poder. Y la cultura ejercía el inalienable derecho itálico a perseguir a quien se mantenía fuera del coro”. (*Soltanto un giornalista*, pp. 218-219)

Carta a Camilla Cederna (amiga y consejera de la directora del *Corriere de ultraizquierda*)

Querida Camilla: Nuestra amistad nunca llegó a ser familiaridad. Y ayuno como estoy de trinitrotolueno, mechas y cápsulas explosivas, no puedo hacerme la ilusión de ejercer sobre ti ningún tipo de fascinación o atractivo. Pero tal vez igualmente podamos hablar dos palabras, aunque sea con la debida distancia: la que hay entre un humilde cronista como yo y una gran protagonista como tú. Porque ya eres protagonista, no hay duda, y lo demuestra el hecho de que donde sea que en Italia estalle una bomba, la gente, con el corazón en la boca, ya no se pregunta qué dice la policía, sino qué dice Camilla. Es una pregunta, estoy de acuerdo, absolutamente pleonástica, porque Camilla dice siempre que la bomba la ha puesto, o la ha hecho poner, la policía. Pero tu autoridad es tal que la respuesta siempre parece nueva y produce

efectos más perturbadores que los de la bomba: los jefes de policía tiemblan, los magistrados se sobresaltan, los parlamentarios interpelan, los diarios se dividen, los salones se ponen al rojo vivo (...) Hasta ayer eras testigo furtiva o relatora discreta de tramas o intrigas de salón, árbitro de la moda, maestra de matices, censora de vicios armada de polvos y borla; ahora se diría que has hablado siempre la jerga de los mítines. (...) Te entiendo. Debe de ser embriagador, para alguien que fue reina de la mundanidad, serlo de la dinamita y sentirse investida de su alta función; que después de haber frecuentado el mundo de las condesas, hayas optado por el de los anarquistas, o, mejor, que hayas tratado de mezclarlos, convirtiendo al pobre [Giuseppe] Pinelli [ferroviario anarquista que se había suicidado] en personaje de *café society*. No me sorprende: los anarquistas por lo menos huelen a varón, aunque tal vez demasiado. Sobre tu formalismo de buena familia, la acritud, el lenguaje y las maneras de estos personajes, deben de producir efectos afrodisíacos. Una droga. (“Carta a Camilla”, *Corriere della Sera*, 21-3-1972)

Cómo debe ser el director de un diario

En el *Corriere* habían nombrado director, en el 68, a [Giovanni] Spadolini. Como los directores que se habían sucedido al frente del diario siempre me habían considerado un rival in pectore, y aquella vez mi candidatura parecía más fundada de lo habitual, decidí disipar definitivamente el equívoco con una carta a los Crespi [dueños del *Corriere*], en la cual reforzaba lo que había dicho tantas veces oralmente, o sea que no me consideraba hecho para asumir el mando del *Corriere*. El director de un diario debe ser ante todo un organizador paciente y prudente, con mano firme y humor estable. Yo soy un desordenado refractario al trabajo disciplinado y animado por un espíritu de independencia que llega a la terquedad; ignoro frenos de prudencia y de diplomacia; no logro imponer la disciplina por la simple razón de que yo mismo nunca la he respetado; detesto la rutina y no estoy

dispuesto a renunciar a mi falta de prejuicios, cosa que tendría que haber hecho si la responsabilidad de mi firma hubiese comprometido la del *Corriere*. Además, sabía que entre los lectores, cuyo juicio siempre ha sido lo único que me ha importado, gozaba de una consideración a la cual los galones directivos nada habrían podido añadir. Por lo tanto, no era por interés ni humildad sino por orgullo y provecho que no ambicionaba poseerlos. Sólo ante una emergencia que desde adentro o desde afuera hubiese puesto en peligro la vida del diario y su independencia, habría podido ser el hombre indicado y, en tal caso, no me hubiera echado atrás. (*Soltanto un giornalista*, pp. 221-222)

El estilo del *Corriere*

Si yo debiera (¡Dios me guarde!) crear un nuevo diario, por cierto que no imitaría al viejo *Corriere*, sino que del viejo *Corriere* tomaría algunas cosas, aquel estilo *Corriere della Sera* reconocible y reconocido. ¿En qué consistía? Es difícil definirlo, pero diría que se trataba en el fondo de cierta distancia en el modo de enfrentar los problemas, un modo antidemagógico de mirar la realidad. Hoy ese estilo ya no existe. No discuto la línea política del *Corriere* actual [se refiere al *Corriere* de ultraizquierda de Giulia Maria Crespi] (incluso porque no comprendo de qué línea se trata: en la misma página está todo y lo contrario de todo). No discuto la factura: el diario es técnicamente bueno. Lo que discuto es el estilo: desordenado, tumultuoso, terriblemente demagógico (...). Mi sueño es terminar mi carrera dando vida a un diario libre, con periodistas conscientes de los propios derechos y deberes. (Expresiones recogidas por Cesare Lanza, “L’Anticorriere, *Il Mondo*, 18-10-1973)

El método del historiador

¿Cómo procedo para “construir” cada tomo de mi historia? En general evaluando con atención, sin menospreciarlos nunca,

con *docta pietas*, los sucesos que, para bien o para mal, hicieron soñar a las generaciones que nos precedieron... Para el pasado remoto, he tratado de buscar ante todo las líneas básicas del período. Por ejemplo, leyendo obras fundamentales como *El otoño de la Edad Media*, de un [Johan] Huizinga, pero, naturalmente, para ir más atrás, sin excluir las obras de Dante, poetas y narradores son con frecuencia muy importantes para captar el espíritu del tiempo. Luego, para dar otro ejemplo, acerca del alba del Humanismo y del Renacimiento, además de los autores “clásicos” contemporáneos, los que sigo prefiriendo son [Werner] Sombart y [Max] Weber, para los lazos entre Reforma y liberalismo jacobino, entre Contrarreforma y fascismo. Ya en aquella época están las raíces del presente... Cuando, en 1945, le propuse a Dino Grande escribir juntos la historia del “Ventennio” [los veinte años de Mussolini], me estimulaba un “hecho personal” y, al mismo tiempo, “generacional”. Intuía, en efecto, lo que habría ocurrido con la sedicente historiografía italiana posbélica, capaz de censurar, gracias a [Palmiro] Togliatti y al editor Giulio Einaudi hasta los *Cuadernos* de [Antonio] Gramsci. Quería evitar que fuera “borrada” mi generación en una batalla que se prolongó hasta fines de los años setenta, si pensamos cómo fue demonizado [Renzo] De Felice desde que Nicola Tranfaglia habló de “puñalada del historiador”. (Expresiones recogidas por Marcello Staglieno, *Montanelli. Novant’anni controcorrente*, p. 241)

La objetividad no existe

Lo que hoy llaman “revisiónismo” posee raíces muy remotas, rastreables en autores citados en las memorables páginas de Carl Schmitt al comienzo de *Ex captivitate salus*, cuya primera traducción italiana apareció en Lugano, en 1949, en una pequeña edición al cuidado de Roberto Wis: “La Historia no la escriben los vencedores, como creía el general alemán [Friedrich von] Bernhardi. Los vencedores escriben solamente anales, como Livio. Los verdaderos historiadores son los vencidos: Tucídides, Polibio, Tácito, Tocqueville... Yo precisaría: la

historia la escriben *también* los vencidos. Los hechos se aprecian valorando las opuestas partes en litigio, sea en política, sea en la guerra, que, como dijo [Karl von] Clausewitz, es la continuación de la política con otros medios, si bien acaso sea verdad también lo contrario, si consideramos los intermedios de paz provisoria entre los pequeños conflictos que atormentan el mundo después de 1945: es decir, la política es la continuación de la guerra con otros medios. En cuanto a los vencedores y los vencidos, su visión sólo puede ser parcial. Lo cual quiere decir, en mi opinión, que la objetividad verdadera no existe. (...) Sin embargo buscar la objetividad es un deber. (Ídem, p. 242)

Divulgar la historia

Con los años, he tratado de mejorar y profundizar mi método, policéntrico y nunca dogmático, para hacer historia o, si se quiere, para divulgar la historia. Y añadido dos advertencias fundamentales en cuanto a la redacción y a la escritura. En primer lugar, está la síntesis, siempre necesaria por las exigencias de claridad que, justamente, pretende todo lector, incluso el más preparado y culto. Y luego, ligada a la primera, la “metabolización” de documentos y textos consultados en el fluir de la narración, que debe ser ágil aun donde el argumento tratado sea controvertido. Quien tiene la pluma en la mano no puede descuidar estas dos advertencias: además, como en un artículo, el historiador y el divulgador deben anteponer la “noticia” de un hecho, separándola claramente del “comentario”. Lo afirmo: deben presentar los diversos puntos de vista acerca de ese hecho, en especial si son diferentes del punto de vista de quien escribe sobre historia, en función de aquella “objetividad” que, de un modo absoluto, sigue sin existir. (Ídem, p. 244)

Sobre los *Annales*

Los *Annales* nos han ahogado en un mar de cifras y datos, que en verdad no necesitábamos por ser muy evidentes. Nos han

proporcionado espléndidas descripciones, como *El Mediterráneo*, de [Fernand] Braudel, que, como fresco, es perfecto en todos sus detalles. Pero, como todo fresco, es absolutamente inmóvil: en él no sucede nada de nada, porque la escuela de los *Annales* desprecia la Historia *événementielle*, es decir, la Historia basada en acontecimientos. La considera adocenada, cosa de periodistas. Y así será. Pero advierto humildemente que incluso Tácito, Tucídides, Polibio, Dión Casio, Suetonio, para limitarme a los primeros que acuden a mi mente, deberían de haber sido periodistas porque sus páginas son lo más *événementielle* que se pueda imaginar. (“La stanza di Montanelli”, *Corriere della Sera*, 29-4-2000)

El “eterno retorno”

El historiador, y con él el divulgador de historia, deben huir de toda demonización. Respecto del siglo XX, aun a través de la cuidadosa criba de las fuentes, primero solo y después con [Mario] Cervi, he tratado de dar juicios ecuanímes: sobre todo en relación con el fascismo. Me preguntas ahora –dado que he hecho mía la definición del fascismo que dio [Piero] Gobetti como “autobiografía de la nación”– si yo creo en el “eterno retorno” de [Friedrich] Nietzsche, del cual también estaban convencidos, aunque con definiciones diversas, Tucídides, [Niccolò] Machiavelli, [Giambattista] Vico, [Arthur] Schopenhauer, [Vilfredo] Pareto y [Oswald] Spengler. Te respondo que no lo sé, en el sentido de que no creo en una repetición, aunque con variaciones, de los sucesos. (...) Sigo sin embargo convencido de que, en la vida de los pueblos, existen constantes profundas. (...) Tales constantes, no por cierto apriorísticas sino generadas por una larga sucesión de hechos – piensa, por ejemplo, en la mafia de Sicilia–, condicionan los comportamientos de los hombres, y por lo tanto, los mismos sucesos históricos. (Expresiones recogidas por Marcello Staglieno, en *Montanelli. Novant’anni controcorrente*. p. 243)

Intermedio. Con Evita, en la Argentina

Después de Asia, me dirigí a América Latina. Gracias a mi viejo amigo Pitigrilli, que encontré en Buenos Aires, donde se había convertido en un personaje de la radio argentina, cené con Evita Perón. Me desilusioné. Es verdad que era bella, pero su belleza producía el efecto de una lámpara de neón: brillaba sin dar calor. Era el tipo de mujer que podía tener una sola pasión dominante, y la suya era el poder, que ella hacía coincidir con el amor a Perón. De una historia de fotonovela había hecho una causa y la vivía con la pasión que las mujeres frías ponen en estas cosas. Estoy convencido de que el primero en no creer en Perón era precisamente Perón, en tanto que ella creía en él. Después de su muerte volví a Buenos Aires y me contaron que cuando, ya agonizante, Evita quiso pronunciar el famoso discurso de despedida desde el balcón de la Casa Rosada, los médicos recurrieron a Perón para que se lo impidiese. Pero él respondió: “En política no se solicita visita médica”. Y a pesar de que Evita tenía la palidez de la muerte estampada en la cara, le prohibió el colorete, sacrificando a la razón de Estado la última coquetería de la esposa moribunda. Así apareció Evita ante el pueblo como Perón la quería: ya momificada en el recuerdo de sí misma. En cuanto al imponente plan nacional de honras fúnebres, fue llevado a cabo por el inconsolable viudo mientras la consorte estaba aún viva. Y en aquellas operaciones planificadas en la mesa de trabajo, Perón supo hábilmente discernir lo que iba a alimentar el culto de la memoria de Evita, de lo que, en cambio, le iba a ser útil a él. (*Soltanto un giornalista*, pp. 158-159)

Sobre los españoles

En cuanto a las semejanzas entre nosotros y los españoles, sí, las hay. Yo, en España, me siento como en mi casa. Una sola cosa más encuentro en ellos: una familiaridad con la muerte que da a los valores de la vida (la Dignidad, el Coraje, el Honor) un peso

bien distinto del que tienen entre nosotros. Cómo se los envidio. (“La stanza di Montanelli”, *Corriere della Sera*, 11-11-2000)

Montanelli íntimo. Vida matrimonial

Con Colette [su segunda mujer], éramos dos solteros que se habían casado; luego cada uno seguía siéndolo, eso es todo. Amo mi vida solitaria, no echo de menos la vida en pareja, que nunca he practicado. Y estoy contento de no tener hijos. Creo que hubiese sido un mal padre. Habría intentado “clonar” a mis hijos, y, una de dos, o no lo hubiera logrado o los habría convertido en infelices, al provocar el rompimiento con su tiempo. (Manuela Grassi, “Montanelli habla del Montanelli privado”, *Panorama*, 9 de mayo de 1997)

Añoranzas y remordimientos

Se dice que un sano egoísmo ayuda a vivir mejor: la capacidad de no dejarse arañar demasiado por los dolores. Probablemente sea lo que he hecho también yo, pero le confieso que hay dos cosas que con la vejez se han vuelto más amenazantes y presentes en mi vida, pero que siempre me han acompañado: las añoranzas y los remordimientos. (...) Me siento deudor. Lo que me reprocho no son las cosas que hice sino las que habría podido hacer por alguien, comenzando por mis padres. Me siento culpable y esto me atormenta mucho; por eso temo al insomnio, a los pensamientos nocturnos, y yo que no admito la posibilidad de tener una deuda material, no he pagado mis deudas sentimentales. (*Ídem*)

La vejez

No [me entristece la vejez], me entristece la retórica sobre la vejez. Por cierto que si pudiese llegar a los cien años joven, me encantaría. Pero no quisiera ser ingrato con la suerte que me

ha hecho llegar hasta aquí [88 años], y, digamos la verdad, en condiciones bastante buenas. Soy completamente independiente, hago la vida de antes, con ritmos, se entiende, más lentos; todavía trabajo mucho, tengo ojos para leer y escribir, no soy sordo. Por lo tanto, puedo considerarme milagrosamente bien. Por cierto que la vejez comporta cosas muy complicadas y *double face*: se pueden interpretar como disminuciones o bien como privilegios. Si en el más allá encuentro a Cicerón con su “elogio de la vejez” bajo el brazo, tendremos que discutir un poco, porque no es verdad que todo sea positivo como él creía para consolarse. (*Ídem*)

La fe

No, no tengo el consuelo de la fe. Frente al misterio me retraigo, porque estoy condicionado por mi inteligencia, por grande o pequeña que sea. Me cuesta resignarme a morir con tres preguntas pendientes: de dónde venimos, adónde vamos y qué hemos venido a hacer aquí. Pero si fuera verdadera la interpretación de la Iglesia Católica, me presentaría a El con la actitud del acusador, no del acusado. En esto soy protestante: la fe es una iluminación, hay quien la tiene y quien no. Pero a quien no la ha tenido le corresponde el derecho de decir: ¿por qué yo no? He vivido entre hombres que se planteaban este problema, como Giuseppe Prezzolini, los he visto debatirse con furor, blasfemando: no encontraron la fe, no la encontraron, no la tenían en el cuerpo. Y yo pertenezco a esta categoría; por lo tanto, es inútil que me haga el hipócrita. En cuanto a las conversiones resonantes... no, esas verdaderamente me dan asco, porque son cosas hechas para el teatro, para los titulares de los diarios. Si me convirtiese, callaría. (*Ídem*)

Los jóvenes y el Papa

¿Qué esperan estos muchachos de ambos sexos pero sin promiscuidad [asistentes a la XV Jornada de la Juventud Mundial,

en Roma, en agosto de 2000]? No por cierto la remisión de los pecados a cambio de un óbolo. Y ni siquiera una nueva consigna para creer, obedecer y combatir. Quien los recibe es un anciano que pronuncia mal las palabras y habla con dificultad aun en su idioma. La más moderna y actual de las cosas que dice tiene dos mil años. Pero creo que es justamente esto lo que los jóvenes inconscientemente buscan y desean en un mundo de lo efímero como este en el cual los hemos hecho nacer; algo que carezca de tiempo porque es eterno, y les ofrezca algo estable en que posar –y reposar– los pies. Las ideologías, que sus padres proclamaron en las plazas armados de eslogans y pancartas, yacen inanimadas y sin posibilidad de reanimación bajo los propios escombros. Y la revolución tecnológica que ocupó su sitio imprime a la vida un ritmo que nos hará viejos aun antes de haber madurado. No querría aventurarme en cosas más grandes que yo y que todos. Pero me pregunto si esta reunión, que se desarrolla en orden y calma, no es en realidad una rebelión o al menos una protesta contra un modo de vida dominado por el ansia de lo nuevo, algo que vuelve decrepito por la noche lo que se ha inventado por la mañana. Estos son los pensamientos que me sugiere el espectáculo de estos cientos de miles de jóvenes que, provistos de elementos que los mantienen en directa comunicación vía Internet (si digo una bestialidad perdónenme: ignoro qué es y cómo funciona Internet) con la Bolsa o los museos de Tokio, se arrodillan ante el Papa, venerable anciano que cree en los milagros y en las visiones de Fátima. (“Palabras antiguas y ansia de lo nuevo”, *Corriere della Sera*, 18-8-2000)

Cronología de Indro Montanelli

1909. 22 de abril, nace en Fucecchio (Toscana).
1914. Luca. Estudios primarios.
1917. Los Montanelli se trasladan a Nuoro (Cerdeña), donde permanecen cinco años.
1922. Rieti (Lacio).
Benito Mussolini llega al poder.
Indro se inscribe en el Partido Fascista.
1931. En *Il Frontespizio* aparece su primer artículo.
1932. Inicia su colaboración en *L'Universale*.
Estudios de Derecho y Ciencias Políticas, en Florencia.
1933. París, cronista de *Paris Soir*.
Envía artículos a *L'Universale*.
1934. Vuelve a Italia. Viaja al Canadá enviado por *Paris Soir*.
En Nueva York se vincula a la agencia United Press.
1935. Mussolini invade Etiopía. Montanelli se incorpora al ejército como voluntario.
Aparece su primer libro: *Commiato* [despedida] *dal tempo di pace*.
1936. Cae Addis Abeba, capital de Etiopía, en poder de los italianos.
Se inicia la Guerra Civil en España.
1937. Vuelve de Africa. Se traslada a España enviado por *Il Messaggero*.
Orden perentoria de regresar a Italia. Se desvincula del Partido Fascista. Se lo borra del registro de periodistas.

Viaja a Estonia. Enseña lengua y literatura italianas en la Universidad de Tartu, en Dorpat, pequeña ciudad estonia. Lector en el Instituto Italiano de Cultura de Tallin, capital de Estonia. Días en la Unión Soviética.

Visita Atenas.

1938. A fines de octubre ingresa en el *Corriere della Sera*. Colabora en *Ómnibus*, semanario de Leo Longanesi.

1939. Enviado a Berlín por el *Corriere*.

Mussolini ocupa Albania.

Pacto de Acero entre Alemania e Italia. Invasión de Polonia (1° de septiembre). Francia e Inglaterra declaran la guerra a Alemania (3 de septiembre).

Desde el frente polaco escribe artículos que le cuestan la expulsión de Alemania.

Vuelve a Estonia cuando los soviéticos invaden los países bálticos. Lo expulsan los invasores.

Pasa como corresponsal a Finlandia, invadida por los soviéticos. Cuenta la valerosa resistencia del pueblo finlandés.

1940. Llega a Oslo en coincidencia con la invasión nazi a Noruega.

Estocolmo. Vuelve a Milán.

10 de junio: Mussolini anuncia la intervención de Italia en la Guerra

Montanelli viaja a Francia durante la ocupación nazi. Vuelve a Milán.

Corresponsal en Albania, Grecia, Yugoslavia, Montenegro, Rumania, Bulgaria y Hungría.

1941. Vuelve a Finlandia, aliada con los nazis.

1942. Se casa con una dama austríaca, Margarethe de Colins de Tarsienne (Maggie).

1943. Establece contacto con el movimiento Justicia y Libertad. En junio se enrola como oficial en las formaciones partisanas. La Wehrmacht irrumpe en el *Corriere*, en su busca. Vive ocultándose y con nombre falso.
1944. Intensifica en enero las relaciones con figuras del Comité de Liberación Nacional. Es arrestado el 5 de febrero. En la cárcel de Gallarate lo someten a interrogatorios y castigos y lo procesan. El 20 de febrero lo condenan a muerte. En mayo lo transfieren a la cárcel de San Vittore, en Milán, como “detenido político”. Allí está detenida también su mujer, condenada a 30 años de prisión. Consigue evadirse de la clínica, en la cual se halla internado. Le facilitan la entrada en Suiza, donde los antifascistas lo hostilizan.
1945. En Lugano se entera de que el Comité de Liberación Nacional se ha negado a certificar su antifascismo. Vuelve a Milán. En el *Corriere*, una Comisión para la depuración lo ha declarado no enjuiciable. Publica en septiembre *Qui non riposano*, historia de su generación.
1946. Se le encomienda la dirección de la *Domenica degli Italiani*. Cuando la dirección del *Corriere* pasa a manos de Guglielmo Emmanuel, periodista de visión más amplia, comienza un período feliz para el diario y para Montanelli.
1947. Realiza una serie de viajes por varios continentes, desde los que envía al *Corriere* artículos que tienen gran eco. Una corte especial instituida por los Comités de Liberación lo absuelve.
1949. Comienza a publicar en el *Corriere* sus “Incontri”, entrevistas.
1950. Inicia una relación amorosa con la periodista Colette Ros-selli. Viaja como corresponsal del *Corriere*. Colabora en *Il Borghese*, de Leo Longanesi, aparecido el 15 de marzo.

1954. Dino Buzzati, director de la *Domenica del Corriere*, le solicita el relato, por entregas, de la historia de Italia.
1956. Testigo de la rebelión húngara, en Budapest, contra el dominio soviético (23 de octubre). Corresponsal en Varsovia.
1959. La película *Il Generale della Rovere*, basada en un relato publicado en el primer número de *Il Borghese*, gana el León de Oro en el Festival de Venecia.
- Último reportaje como corresponsal viajero en Israel. En Tel Aviv conoce a Ben Gurion, Moshe Dayan y Golda Meir. Se dedica de lleno a redactar la *Storia d'Italia*.
1968. Protestas de estudiantes y sindicalistas.
1973. 18 de octubre, renuncia al *Corriere*. La entonces directora, Giulia Maria Crespi, le ha impuesto al diario una tendencia de ultraizquierda que Montanelli rechaza.
- Lo acusan de fascista.
1974. Funda *Il Giornale Nuovo*, que aparece el 25 de junio.
- En septiembre se casa, en segundas nupcias, con Colette Rosselli (Donna Letizia).
1976. Encuentro con el empresario Silvio Berlusconi.
1977. Berlusconi apoya financieramente *Il Giornale*.
- 2 de junio: las Brigadas Rojas atacan contra su vida.
1987. Se constituye la Fundación Montanelli Bassi, en Fucecchio.
1989. Condenado a pagar una multa de 500 dólares por haber calificado de “padrino”, o sea mafioso, al primer ministro italiano, Ciriaco de Mita.
1994. Desacuerdos con Berlusconi, a causa de la injerencia política del empresario en el diario.
- El 11 de enero renuncia a la dirección de *Il Giornale*.
- Gianni Agnelli le ofrece la dirección del *Corriere*, que no acepta.
- El 22 de marzo aparece el primer número de *La Voce*.

1995. El 27 de abril deja de aparecer *La Voce*.
Vuelve al *Corriere*, donde redacta diariamente una sección titulada “La Stanza di Montanelli”. Además, escribe artículos y editoriales.
1996. Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades.
Muere su mujer.
2000. “Héroe de la libertad de prensa”, distinción otorgada por el Instituto Internacional de Prensa.
2001. El diario ABC, de Madrid, le otorga el premio Luca de Tena.
Muere el domingo 22 de julio, a las 17.30.
2002. El *Corriere* publica en julio un volumen titulado *Mi chiamo Indro*, homenaje con textos del periodista.

Juicios sobre Montanelli

Reúno a continuación algunos juicios de colegas y discípulos italianos del gran periodista elegidos entre los vertidos en los últimos años de Montanelli, con una visión abarcadora e imparcial del personaje

Indro amaba la inteligencia, detestaba la picardía y la hipocresía. Y puesto que vivía en un país de pícaros y de hipócritas, uno de sus placeres fue desenmascararlos. (...) Siempre ha dicho que reconocía a un único patrón: sus lectores. Pero ni siquiera esto era verdad, pues cuando abandonó *Il Giornale* y fundó *La Voce*, sus lectores no le fueron fieles. (Eugenio Scalfari, *Clarín*, 24 de julio de 2001)

Era un estoico práctico. (...) El periodista más grande que he conocido era el jefe más ineficaz que jamás he visto en acción. (...) Tenía demasiada estima por la independencia de criterio y por la iniciativa individual para ser un buen jefe. (...) Indro Montanelli era sentimental, bueno, individualista, intuitivo, inteligentísimo, algo vanidoso. Un verdadero italiano. Sólo la coherencia, el coraje, la síntesis y la estatura no eran propiamente italianos. Pero qué quieren: nadie es perfecto. (Beppe Severgnini, *La Nación*. 26-VII-2001)

¿Cómo escribía Montanelli? Escribía con extraordinaria, inédita, inigualable simplicidad. Se lo han recordado y han añadido que la simplicidad de ninguna manera es simple: corre el riesgo de caer en la banalidad. Pero Indro Montanelli sabía escribir también de modo venturosamente inventivo, sin que ninguno lo advirtiera. (Beniamino Placido, *La Repubblica*, 29-VII-2001)

Según las etiquetas, era un liberal; según mi parecer, sus auténticas simpatías las reservaba para los anarquistas; era un individualista desenfrenado. No le importaba el dinero; le servía para sentirse más libre. Por otra parte, tenía poquísimas necesidades; no le gustaba ni siquiera comer. Fumaba un cigarrillo cada tanto, preferentemente los ajenos. Frecuentaba muy poco cines y teatros. Se acostaba temprano, dejaba la compañía, un libro y a dormir. No era arrogante ni insolente; más bien melancólico. Y aun capaz de gentilezas finísimas y de verdaderas fidelidades”. (Enzo Biagi, *Corriere della Sera*, 2-VI-2002)

En un país como Italia, lleno de profesores, doctores y respetados profesionales, ha habido una excepción: un diletante de genio llamado Indro Montanelli. Así definió Enzo Bettiza al amigo desaparecido el 22 de julio del año último: “Diletante en un alto sentido, como [Bertrand] Russell, [John Maynard] Keynes, [Winston] Churchill, personajes poliédricos, artísticos. Con frecuencia entre los grandes intelectuales ingleses se halla esta reivindicación del diletantismo”. (Dario Fertilio, *Corriere della Sera*, 20-VII-2002)

Montanelli ha sido el más extraordinario talento periodístico de nuestra época. (...) Era un hombre de la así llamada derecha histórica, que, derrotada en 1876, había marcado negativamente la

historia sucesiva; era un liberal-conservador de la gran tradición civil del liberalismo italiano. Lamentablemente los dos principios era (son) inconciliables. Así, la tentativa de resolver la contradicción ha signado toda la carrera de Montanelli, subrayando coherencias e incoherencias, momentos altos de su extraordinario talento y momentos de relativa opacidad. (...) ...reuniendo en su torno todo lo mejor que ofrecían la cultura y el periodismo liberales italianos e internacionales, y dándoles el espacio y la visibilidad que, de otro modo, no habrían tenido en otro lugar –de [Raymond] Aron a [Jean-Francois] Revel, de [Renzo] De Felice a [Rosario] Romeo, de [Enzo] Bettiza a [Renato] Mieli y otros– el servicio que él prestó al país fue, en mi opinión, incommensurable: mantener encendida la llama del liberalismo en una época en que ella parecía haber sido definitivamente apagada por la “dictadura” gramsciana sobre la historiografía nacional y por la hegemonía. (Piero Ostellino, *Corriere della Sera*. 29-IX-2003)

Sé que a Indro Montanelli le gustaba definirse simplemente “periodista”, pero siempre he pensado que ese autorretrato era coquetería o, como dicen los ingleses, “understatement”. Era un “literato” que extraía su inspiración de la relación cotidiana con la realidad y con el lector. Su primer libro, *XX Batallón eritreo* y algunas de sus obras mejores (*Qui non riposano, Il generale della Rovere*) nacen de esta contaminación entre literatura, periodismo y realidad. La *Historia de Italia* tiene, en muchos aspectos, la misma matriz. Cuando advirtió que su lector había perdido el sentimiento de la historia nacional y vagaba perdido entre libros difícilmente comprensibles o viciados por un prejuicio ideológico, Montanelli concibió una obra al mismo tiempo histórica, literaria y periodística. No quería escribir libros “científicos”, llenos de notas a pie de página y de doctas referencias bibliográficas. Quería contar los acontecimientos con los ojos del testigo y la pluma del escritor. Algunos estudiosos torcieron la boca y dieron a entender

su escepticismo. Montanelli se limitó a replicar que los mejores historiadores anglo-norteamericanos siempre han escrito libros serios, legibles; y no cambió ni una coma de su programa de trabajo. Los lectores le dieron la razón. (Sergio Romano, *Corriere della Sera*, 1-XI-2003)

Hemos trabajado juntos durante años. Fue un maestro, y tener un maestro es una fortuna en cualquier oficio. Montanelli me enseñó a tratar de no aburrir a mis lectores, a ser claro, a tener relaciones francas pero no serviles con el poder político y económico, a tener curiosidad por lo que pasa en el mundo, por lo que le pasa a la gente. Montanelli sentía afecto por la Argentina, le gustaba sobre todo el estilo, orgulloso y honesto. Decía que cualquiera sabe ganar; pero que nadie sabe perder con el estilo con que saben hacerlo los argentinos. (Beppe Severgnini, *La Nación*, Buenos Aires, 31-V-2006)

Selección bibliográfica

La bibliografía de Indro Montanelli abarca más de ochenta títulos. Creo que para satisfacer el propósito divulgativo de esta publicación basta con dar al lector una selección de sus obras.

Commiato dal tempo di pace, Roma, Il Selvaggio, 1935.

XX Battaglione eritreo, Milano, Panorama, 1936.

Ambesà, Milano, Garzanti, 1939.

Gente qualunque, Milano, Bompiani, 1942 (Comprende *Gente qualunque*, *Giorno di festa*, *Qui non riposano e altre cronache*, *Andata e ritorno*).

Storia di Roma, Milano, Longanesi, 1957.

Storia dei Greci, Milano, Rizzoli, 1959.

Il generale della Rovere, Milano, Rizzoli, 1959.

Gli incontri, Milano, Rizzoli, 1961.

Teatro, Milano, Rizzoli, 1962.

Dante e il suo secolo, Milano, Rizzoli, 1964.

L'Italia dei secoli bui (con Roberto Gervaso), Milano, Rizzoli, 1965.

L'Italia dei Comuni (ídem), Milano, Rizzoli, 1965.

L'Italia dei secoli d'oro (ídem), Milano, Rizzoli, 1967.

L'Italia della Controriforma (ídem), Milano, Rizzoli, 1968.

L'Italia del Seicento (ídem), Milano, Rizzoli, 1969.

L'Italia del Settecento (ídem), Rizzoli, 1970.

L'Italia giacobina e carbonara, Milano, Rizzoli, 1971.

L'Italia del Risorgimento, Milano, Rizzoli, 1972.

- L'Italia dei notabili*, Milano, Rizzoli, 1973.
- L'Italia di Giolitti*, Milano, Rizzoli, 1974.
- La fine del Medioevo* (con R. Gervaso), Milano, Rizzoli, 1975.
- L'Italia in camicia nera*, Milano, Rizzoli, 1976.
- L'Italia littoria* (con Mario Cervi), Milano, Rizzoli, 1979.
- L'Italia dell'Asse* (idem), Milano, Rizzoli, 1980.
- L'Italia della disfatta* (idem), Milano, Rizzoli, 1982.
- L'Italia della Repubblica* (idem), Milano, Rizzoli, 1985.
- L'Italia del miracolo* (idem), Milano, Rizzoli, 1988.
- L'Italia degli anni di piombo* (idem), Milano, Rizzoli, 1991.
- L'Italia degli anni di fango* (idem), Milano, Rizzoli, 1993.
- L'Italia di Berlusconi* (idem), Milano, Rizzoli, 1994.
- Il meglio di Controcorrente. 1974-1992*, Milano, Fabbri, Corriere della Sera, 1995.
- L'Italia dell'Ulivo* (idem), Milano, Rizzoli, 1997.
- L'Italia del Novecento* (idem), Milano, Rizzoli, 1998.
- Le stanze: dialoghi con gli italiani*, Milano, Rizzoli, 1998.
- L'Italia del millennio: sommario di dieci secoli di storia* (idem), Milano, Rizzoli, 2000.
- Le nuove stanze*, Milano, Rizzoli, 2001.

Índice

<i>Umbral</i>	9
<i>Trayectoria</i>	11
<i>Ideario montanelliano</i>	35
<i>Cronología de Indro Montanelli</i>	55
<i>Juicios sobre Montanelli</i>	61
<i>Selección bibliográfica</i>	65
<i>Otras publicaciones de la Academia Nacional de Periodismo</i>	69

Otras publicaciones de la Academia Nacional de Periodismo

- Boletines N°s 1 a 19 (1997 a 2006)
- *Presencia de José Hernández en el periodismo argentino*, por Enrique Mario Mayochi, 1998
- *Guía histórica de los medios gráficos argentinos en el siglo XIX*, 1998
- *El otro Moreno*, por Germán Sopena, 2000
- *Orígenes periodísticos de la crítica de arte*, por Fermín Fèvre, 2001
- *Periodismo y empatía*, por Ulises Barrera, 2001
- *Homenaje a Félix H. Laíño*, 2001
- *Sarmiento y el periodismo*, por Armando Alonso Piñeiro, 2001
- *El Periodismo como deber social*, por Lauro F. Laíño, 2001
- *Historia de la idea democrática*, por Mariano Grondona, 2002
- *Música argentina y mundial*, por Napoleón Cabrera, 2002
- *Premio Creatividad 2001*, por Diez, Pérez y Rudman, 2002
- *Cara a cara con el mundo*, por Martín Allica, 2002
- *La identidad de los argentinos*, por Enrique Oliva, 2002
- *La responsabilidad social y la función educativa de los medios de comunicación*, por Rafel Braun, Pedro Simoncini y Federico Peltzer, 2003
- *Premios a la creatividad 2002, 2003*

- *Gerchunoff o el vellocino de la literatura*, por Bernardo Ezequiel Kor-emblit, 2003
- *Revistas de la Biblioteca Nacional argentina (1879-2001)*, por Mario Tesler, 2004
- *Orígenes de la libertad de prensa*, por Armando Alonso Piñeiro, 2004
- *“La Prensa” que he vivido*, por Enrique J. Maceira, 2004
- *El periodismo cordobés y los años '80 del siglo XIX*, por Efraín U. Bischoff, 2004
- *Tres batallas por la libertad de prensa*, por Alberto Ricardo Dalla Via, 2004
- *Doctrina de la real malicia*, por Gregorio Badeni, 2005
- *La Patagonia de Sopena*, por Héctor D'Amico, 2005



Se terminó de imprimir en Impresiones Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) Buenos Aires
Telefax: 4954-7300 / 4954-7700
e-mail: info@dunken.com.ar
www.dunken.com.ar
Diciembre de 2006

